



Amor de segunda



Pilar Parralejo

Amor de segunda
Pilar Parralejo

Título original: Amor de segunda
Diseño de la cubierta: Ediciones Infinity
Maquetación: Ediciones Infinity
Primera edición: Marzo de 2015
©2015, Pilar Parralejo
ISBN: 978-1508647478

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

UNO

Hacía apenas media hora que había llegado del trabajo y, estaba en medio de una ducha reparadora cuando escuchó los gritos de su padre mezclarse con el llanto de su madre en el salón. De repente una decena de motivos le cruzaron la mente. ¿Su hermano? ¿Una mala noticia por teléfono? ¿Habían despedido a su padre? Sin dudarlo estiró el brazo y descolgó la enorme toalla amarilla para secarse e ir a ver.

Corrió descalza por el pasillo hasta el salón y se quedó helada al ver a sus progenitores de rodillas en el suelo, ante un perfecto desconocido con gafas, que iba acompañado de una joven de unos dieciocho o diecinueve años, ambos muy elegantes y bien arreglados.

—Castíganos a nosotros —suplicaba el padre con los ojos llenos de lágrimas.

Liam, su hermano, no decía nada. Miraba la escena como si él no tuviera nada que ver con ninguno de ellos, aun así parecía tenso y su rostro lucía un tanto más pálido que de costumbre.

—¿Qué pasa? —Preguntó Katherine mirando a su hermano, a sus padres y por último a los desconocidos que estaban en pie frente a ellos.

—Kate, hija, ve a tu cuarto —pidió la madre completamente angustiada.

El desconocido la miró como si estuviera jugando y devolvió la atención a sus padres.

—Ese es el precio. Quiero una respuesta para mañana —exigió, a lo que la mujer se inclinó hacia adelante y arrancó a llorar escandalosamente con la cara casi pegada al suelo.

Katherine se acercó a la pareja y se colocó frente al hombre, mirando hacia arriba porque era bastante más alto. No debía ser mucho mayor que ella, si es que lo era. Sus ojos verde oscuro parecían atravesarla a través de los cristales de sus gafas, aunque no daba la sensación de haber sentimientos

negativos en su mirada.

—¿Qué respuesta? —inquirió ella. Su padre empezó a rogar a voz en grito, asustándola. Por un momento pensó que ese hombre era un mafioso, un acreedor o algo por el estilo—. ¿Qué respuesta? —Repitió. Su voz no sonó tan firme esta vez.

—Señorita Mason, supongo que no sabes los secretitos de tu hermano.

—Pero Brant, estoy bien... —interrumpió la muchacha de expresión dulce y bonita voz que acompañaba a ese hombre.

—Samantha casi te mueres por culpa de ese... —se contuvo, apretando los dientes, antes de insultarlo gratuitamente—, ¡por dios, no digas que estás bien! —Kate, tuvo que buscar dónde apoyarse al escuchar eso, y su cabeza empezó nuevamente a divagar por si sola, imaginando escenas en las que su hermano atacaba a esa niña de mil y una formas distintas—. Tu hermanito engañó a mi hermana y le vendió drogas sin decirle cómo consumirlas. Esa noche fue a casa la policía para informarnos de que Sam estaba muy grave en el hospital. Le he estado investigando y sé que es mayor de edad y que además, si le denuncio, irá a prisión una muy buena temporada por lo que hizo. Y sabemos lo que puede pasarle si va alguien tan joven. —El matrimonio Mason lloraba desconsoladamente mientras la muchacha tiraba de la manga de la americana de su hermano—. El precio es muy fácil de pagar. Te casarás conmigo a cambio de la libertad de tu hermano —Kate palideció. Sentía una mezcla de consternación e incredulidad.

—¿Se trata de una broma? —Preguntó con un hilo de voz.

—Kate, ve a tu cuarto —gritó el padre, alzando la voz más que nunca.

—Con ellos no se puede dialogar sin que se pongan a gritar o a llorar —dijo Brant con un tono frío y distante—. Ésta es mi tarjeta por si quieres anular la cita. Sino, mañana te espero a las siete en el restaurante japonés Raisu.

Sin añadir una sola palabra más, la pareja de desconocidos se dio la vuelta y se marcharon, dejando a la familia Mason en el salón de su casa completamente destrozados.

Sin decir nada, Kate se giró y caminó por el pasillo hasta su habitación. Ese extraño le había contado lo ocurrido y Liam no lo había desmentido, aun así no entendía nada, ¿por qué demonios tenía que casarse ella con ese hombre por algo que había hecho su hermano? La tarjeta que ese tipo le había dado aún estaba entre sus dedos y la miró como si pudiera encontrar en ella alguna respuesta.

—Brant Lennox —musitó al leer el nombre—, abogado de L&A.

Se dejó caer contra la cama antes de darse cuenta de que aún iba envuelta en la toalla.

Justo cuando terminó de ponerse el pijama sus padres pasaron al dormitorio, sentándose uno al lado del otro en el borde del colchón. Unos segundos después entraba su hermano, apoyándose en el marco de la puerta.

—Ese hombre es abogado...

—Santo cielo... —Emerald, la madre, empezó a llorar nuevamente—. ¿Qué vamos a hacer? Liam irá a la cárcel y si ese joven es abogado, sabrá cómo pedir la mayor condena... Tu hermano tiene antecedentes...

—No tienes que hacer esto, hermanita —habló por primera vez el muchacho—. Iré a su casa y me disculparé. Antes de hacerlo ella iba muy borracha, ni siquiera se habría enterado de la dosis aunque se lo hubiera repetido.

—¿Hacerlo? —Gritó el padre—. ¿Hacerlo? —Repitió más fuerte esta vez, lanzando a su hijo la toalla que Kate había dejado a los pies de la cama—. Maldito sinvergüenza. Eres un miserable niño problemático. Tuvimos que pagar una fortuna por ti hace un año por tus drogas, y ahora esto... ¡Vete! Te quiero fuera de mi casa ahora mismo. Arréglatelas tú solo con tus problemas.

—John, respira. Éste no es momento para echarlo. Vamos a aclarar este asunto primero.

Kate solo miraba la escena sin poder actuar. Temía que esa chica hubiera sido forzada por su hermano y que luego hubiera sido él quien le hubiera dado esas drogas para que no recordase nada y no pudiera acusarle. Conocía las amistades tóxicas de su hermano, y sabía que, aunque él no era malo, cuando iba bebido accedía a cualquier cosa que sus amigos sugirieran, incluso hacerle eso a una chica de aspecto delicado como Samantha. Se llevó las manos a la cara mientras suspiraba. ¿Cómo un día tan bueno derivaba en una tarde tan espantosa?

—¿Qué haremos? —preguntó firme, apoyando el trasero en el espejo de la puerta de su armario.

—Cualquier cosa, ya encontraremos la solución. Pero casarte con ese hombre no, eso está claro —dijo la madre.

—Si no lo hacemos así, ese abogado...

—¿Sabéis? Es temprano pero necesito descansar. Así que, ¿por qué no salís para que pueda dormir un poco? Pensaremos en esto mañana por la

mañana, antes de que me vaya a la tienda.

Cuando el padre pasó al lado de Liam le dio un golpe en la espalda, indicándole que saliera del cuarto de su hermana, pero éste entró en la habitación y cerró la puerta para, acto seguido sentarse en el lugar en el que habían estado sus padres. La miró mordiendo el piercing de su labio inferior con nerviosismo.

—Si te casas con ese tío te hará lo que yo le hice a su hermana.

—¿Y qué le hiciste exactamente? —preguntó con tono monótono, deseando que no le dijera lo que había estado imaginando un rato antes.

—No la violé, si es lo que crees —aclaró Liam de inmediato—. Tal vez no fui lo suave que una virgen hubiera querido. Y a lo mejor le hice daño. No lo sé. Pero no la violé —Katherine suspiró cubriéndose los ojos con una mano—. Llevábamos tonteando toda la noche y cuando las amigas de Sam se fueron con mis amigos la invité a unas copas. Luego la convencí para que fuéramos al coche del hermano de Tim. Ella iba borracha y yo también... Simplemente pasó. Las drogas no se las vendí, ella las sacó de mi bolsillo antes de ponerme los pantalones. Y antes de que pudiera decirle que no tomase más de una se llevó a la boca unas cuantas pastillas. Cuando se desmayó me asusté, y sin saber qué hacer con ella la dejamos en la puerta del hospital.

—Eso es lo más horrible que he oído nunca. Brant tiene razón con querer meterte en la cárcel, maldita sea. Esa chica podría haber muerto por tu inconsciencia.

—¿Entonces?

El padre había estado escuchando tras la puerta e irrumpió en el dormitorio, dando manotazos a su hijo, en la cabeza, en la espalda, en los brazos... Aquello no era lo que le habían enseñado de pequeño, aquel no era un comportamiento digno de una persona normal, y esa actitud enfermiza iba a arrastrarlos a todos a un pozo negro de vergüenza y falta de moralidad.

Kate detuvo las manos de su padre y dio un toque con el pie a su hermano para que saliera de la habitación.

—¿Qué dijo exactamente ese hombre para que tuviera que casarme con él?

—Que si enviaba a tu hermano a la cárcel los convictos lo liquidarían en menos de una semana por lo que le hizo a su hermana y que tú eras su mejor baza para vengarse de él.

—Mañana me reuniré con ese abogado para hablar sobre sus requisitos.

—Hija no...

—Ya no tengo quince años, papá. Puedo valerme por mi misma y pararle los pies a ese tipo si quiere propasarse. Solo hablaremos, trataré de arreglar este asunto como pueda.

Padre e hija se fundieron en un abrazo fraternal antes de que el hombre le diera un beso en la frente y saliese del dormitorio para dejarla a solas.

DOS

Pasó la noche con los ojos como platos, manoseando sin para la tarjeta del abogado, debatiéndose si llamarle o no hacerlo, si asistir o no a su cita con él y pensando continuamente qué iba a ser de su vida si se le ocurría aceptar semejante trato. ¿Casarse con él porque su hermano abusase de esa chica? Debía tratarse de una broma, una oscura y retorcida broma.

Katherine estaba enamorada, y era así desde los trece años, cuando conoció a Devon McDeal. Habían salido durante años antes de que le ascendieran a director de marketing de una importante empresa de cosméticos y tuviera que irse una temporada a Londres. Entonces dejaron su relación en *standby* con la promesa de retomarla cuando él regresase un par de años después, periodo de tiempo que aún no se había cumplido. Ese era el principal motivo por el que no tenía deseos de aceptar el castigo en nombre de su hermano.

Cuando amaneció se alegró de que fuera sábado y tener ese fin de semana libre, así que no tenía que ir a trabajar. Le encantaba ser dependienta de una papelería, adoraba el material escolar, y disfrutaba vendiendo bolígrafos, libretas o cuadernos de caligrafía, pero esa mañana no tenía ánimos más que para terminar con todo ese asunto y descansar.

Se estiró sobre la cama antes de levantarse y fijó la mirada en la tarjeta de Brant. Sopló, tratando de que el aire se llevase también su frustración, pero parecía algo difícil de lograr.

Al acercarse la hora acordada rebuscó en su armario qué ponerse. Era un perfecto desconocido, aun así debía presentarse decente, con algo que pudiera pasar por desenfadado pero a su vez fuera acorde a la situación.

Nunca tuvo que vestir de traje ni con nada parecido, desde que salió de la universidad hacía un año, había empezado a trabajar en una de las

papelerías más grandes e importantes de la ciudad, y en su trabajo no era necesario un atuendo más formal que el suyo habitual, así que sacó uno de sus vaqueros ajustados de siempre, una camisa blanca de algodón y unos zapatos de tacón amarillos que conjuntaría con un cinturón fino del mismo color. Peinó su larga y ondulada melena de color chocolate y metió en el bolso su móvil y sus llaves antes de salir. Se fue antes de que sus padres llegasen del trabajo, así que no tuvo que escuchar nuevamente sus lamentos por lo que iba a hacer.

Nunca había estado en esa parte de la ciudad, a pesar de haber vivido allí toda su vida, así que tampoco conocía ese restaurante, cuyas mesas bajas obligaban a los comensales a comer sentados en el suelo. Entró ignorando al hombre del atril y se adentró en busca del abogado, que estaba sentado, solo y al lado de las puertas de madera que separaban el salón de un jardín de estilo japonés que había detrás.

Sin siquiera saludarle, se sentó frente a él, escudriñándolo con la mirada. Iba perfectamente arreglado, muy elegante, pero su rostro era serio e inescrutable.

—Así que has venido...

—He venido. Pero no voy a aceptar alegremente casarme con un desconocido a menos que los motivos tengan la suficiente fuerza.

—¿Fuerza? —Preguntó con el ceño fruncido—. ¿Te parece poco fuerte que tu hermano emborrachase a mi hermana, abusase de ella y que luego para colmo le vendiera drogas?

—No se las vendió.

—Así que estás enterada. Lo que seguro que no sabes es que mi hermana, que solo tiene diecinueve años, quedó embarazada después de esa noche. Estando en coma, y de tres semanas, tuvieron que hacerla abortar porque ese bebé estaba absorbiéndole la vida y hacía peligrar seriamente su recuperación. —Katherine se llevó las manos a la boca completamente sobrecogida—. Mira, no me gustas, no estoy enamorado de ti, no te conozco ni quiero hacerlo, pero...

—¿Entonces por qué tengo que casarme yo contigo? ¿Por qué no obligas a mi hermano a que se case con tu hermana, o contigo? No sé, seguro que se te ocurre algo retorcido que vaya contigo.

—No me conoces, así que ahórrate los comentarios con suposiciones que no le hacen gracia a nadie. Te casarás conmigo para hacer madurar a tu

hermano, para que cada vez que escuche tu nombre sepa que hay gente que paga por nuestros errores y para que siempre que tenga que verme recuerde lo que le hizo a mi hermana.

La camarera llegó a su pequeña mesa con una bandeja llena de platitos y tarritos con lo que sería su cena, pero Kate no tenía apetito para llevarse un solo pedazo a la boca. Ni siquiera se atrevía a mirar a Brant a los ojos después de saber los motivos por los que quería castigar al estúpido de su hermano.

Lennox no reparó en si ella comía o no, cogió sus palillos y mojó uno de los rollitos en salsa de soja antes de llevárselo a la boca.

Por más vueltas que le diera, por más que lo pensase, seguía creyendo que sus motivos eran justificados, realmente él no quería enviar a su hermano a la cárcel, ni siquiera lo había mencionado, en cambio quería darle una lección y ella estaba de acuerdo con ello, aunque no con las maneras.

Antes de que el abogado terminase de comer, y sin que ella hubiera probado nada, se levantó y se acercó a la pasarela que perfilaba los cuidados jardines zen. Había empezado a chispear, aunque las gotas eran gruesas y dejaban oscuras y redondas marcas en las lamas de madera.

—¿Entonces? —dijo él, sorprendiéndola por la espalda unos minutos más tarde—. ¿Aceptas?

—Acepto. Me casaré contigo, Lennox. Pero ni por un segundo pienses que será un matrimonio normal. No me gustas, no te quiero y tampoco lo haré. Ni siquiera pienso tener por ti ni un mínimo de aprecio. —Respondió ella sin apartar la mirada de las gotas de lluvia.

—Bien. Entonces es un sentimiento mutuo.

—Me casaré contigo porque me veo incapaz de rechazar tus motivos.

El abogado la miró sin que ella se girase, y después de un minuto en los que entre ellos solo había sonido de lluvia se marchó. No se preocupó en saber si ella iba a mojarse al volver o siquiera, si tenía coche para regresar. Lo único que le interesaba era castigar al descerebrado que casi mata a su hermana con unas drogas que ni él mismo debería consumir.

TRES

Pasaba justo una semana del compromiso y Lennox pretendía empezar con su castigo, de forma que compró un vestido elegante y lo llevó a la casa de su pronto familia política. Había estado toda la semana preparando una fiesta de compromiso y ese era el día en el que harían oficial su futuro matrimonio.

Había investigado el horario de la papelería en la que trabajaba ella y sabía que a la hora a la que fuera a buscarla habría salido del trabajo, llegado a casa y estaría, como la vez anterior, recién duchada.

Al llamar al timbre no respondió nadie, ni los padres, ni el delincuente, ni ella. Se lamentó internamente por hacer las cosas sin avisar, al fin y al cabo ella iba a ser su mujer y debía haberle informado, por lo menos para no verse en esa situación. Arrancó el coche para ir a buscarla a su trabajo, por si no habían salido, pero la tienda estaba cerrada y tampoco allí pudo localizarla.

—¿Dónde demonios se ha metido? —se quejó, mirando de reojo la percha que colgaba en la parte trasera del coche.

Justo cuando estaba a punto de marcharse, la puerta de cristal del establecimiento se abrió. De ahí salieron dos chicas sonrientes y Brant no dudó en acercarse a ellas para preguntarles por su prometida.

—¿Tu eres Devon? —Preguntó la más alta de las dos, una chica con una larguísima melena—. Vaya, eres guapo...

—¿Devon? No, me llamo Brant Lennox.

—Kate nunca nos ha hablado de ti, siempre habla de Devon, Devon y su eterno amor, Devon... Ella está en la pizzería de la esquina —señaló—. Siempre salimos a cenar el último viernes del mes. ¿Te apuntas, prometido de Katherine?

El abogado dudó unos instantes, pero al mirar hacia su coche vio el

vestido para la fiesta de compromiso que debía estar empezando en poco más de una hora, de modo que asintió, y cuando ellas empezaron a caminar él las siguió. Maldecía internamente que no hubiera estado en su casa como pensó y tener que ir a buscarla.

Al entrar en la pizzería la vio reír, despreocupada, con un par de compañeros. Sin decir una palabra se acercó a la mesa, tomó una silla vacía y se sentó a su lado, mirándola directamente mientras ella abría los ojos de par en par por verle ahí.

—¿Lo pasamos bien?

—Lennox...

—Katy, ese chico dice que es tu prometido. Que calladito te lo tenías...

—Él es...

—Brant Lennox, abogado de L&A. Futuro marido de la señorita Katherine Mason.

Las chicas empezaron a reír por el modo extraño que se había presentado, pero los chicos se dieron cuenta de que había algo raro en la forma en la que actuaban, para suponerse que se iban a casar. Ella nunca había mencionado tener una relación así de íntima con un abogado y analizaron al hombre en busca de algo que delatase que la estaba forzando a algo que ella no quería.

—Es complicado, Pierce —dijo ella mirando a su jefe al darse cuenta de la forma en la que los escudriñaba con la mirada—. Él es... Es muy amable conmigo. No me va a tratar mal ni...

Lennox no dijo nada. No iba a permitir que le acusasen mentalmente de ser un acosador. Se puso en pie, interrumpiéndola, y ofreció una mano a su prometida, que la tomó sin dudar. Brant acercó sus labios a ella y besó sus dedos antes de guiarla hacia la entrada.

Ninguno dijo nada mientras caminaban uno al lado del otro por la calle, pero cuando él se detuvo en la puerta de copiloto de un deportivo blanco para abrírsele, ella se detuvo en seco.

—Todo este teatro... ¿Dónde me llevas?

—A mi casa. Necesitas cambiarte para ir a la fiesta de compromiso. Y necesito que llames a tu familia para que vayan.

—¿Por qué no me llevas a mi casa?

Brant no respondió, agarró su brazo y la obligó a entrar en el coche.

Por la forma en la que actuaba pensó que viviría a las afueras, en una

mansión de lujo con sirvientes para todo, pero se detuvo en un edificio de apartamentos. Éste no era normal y corriente, con unos cuantos pisos pero con aspecto mediocre, Lennox vivía en un bloque de pisos nuevo y que reflejaba lujo y elegancia. Así como con el restaurante japonés, tampoco había estado nunca en esa parte de la ciudad, así que no conocía esa serie de edificios. Lo miró embobada hasta que Brant llevó el coche al *parking*.

Subieron en el ascensor exterior hasta el piso más alto, como no podía ser de otra manera, y cuando el abogado puso el dedo en la cerradura y ésta se abrió Kate sonrió estúpidamente.

—Después de la boda registraremos tu huella para que puedas entrar. — Ella lo miró ceñuda—. Supongo que no pensabas quedarte en casa de tus padres, ¿no?

—Pensaba... No pensaba nada, Lennox. Todo esto me supera, así que me dejaré llevar por ti, haré lo que digas sin rechistar. Ya tendré tiempo para hacerme a la idea de lo que está pasando.

Para él también estaba resultando una aventura, de hecho, lo estaba organizando todo por lo que leía en revistas nupciales de su hermana mayor. No había dicho nada a nadie aun y sabía que todos se quedarían de piedra al saber que se casaba con una desconocida, aunque no diría los motivos para proteger la reputación de su hermana menor. Diría que fue un flechazo, aunque los que le conocían bien sabían que eso no podía ser cierto.

Al entrar, Kate miró a su alrededor sorprendida. Aquel apartamento era enorme y tenía un aspecto sobrio y frío, decorado en negro y blanco, como si todo rastro de color desapareciera al entrar.

Caminaron por un amplio pasillo y Lennox se detuvo en una de las puertas del pasillo, a la derecha.

—Ese es mi dormitorio y aquel mi despacho —señaló la puerta de la izquierda y la del fondo—. Ésta será tu habitación después de la boda. Pedí a las sirvientas esta semana que comprasen lo que pudieras necesitar, así que está todo dispuesto en el baño.

—¿Ésta? —preguntó—. Yo pensaba que...

—¿Acaso quieres compartir mi cama?

—¡No!

—Pues entonces ésta es tu habitación. Puedes decorarla como quieras, al fin y al cabo tú eres la única que va a dormir ahí.

Kate entró en el dormitorio, mirándolo con curiosidad. No era excesivamente grande, pero cabía sobradamente bien la cama, la mesa

donde pondría su ordenador y unas estanterías que llenaría con sus libros, además, tenía un vestidor propio y un baño completo. Era una habitación preciosa y luminosa, aunque probablemente siempre la mantendría oscura, por alguna razón la oscuridad en los dormitorios le hacían sentir confortable.

—Es una habitación muy bonita —sonrió tímidamente.

—Dúchate, vístete y llama a tus padres. Pídeles que te traigan un par de zapatos si crees que los que llevas no quedan bien. No sé mucho de moda femenina —*sé desnudar a las mujeres, no vestirlas*. Pensó.

Le ofreció la bolsa de tela con el vestido y la dejó allí mientras él esperaba en el salón.

Tal como había dicho, en el baño había maquillajes caros y perfumes más caros aún. Había tenacillas de distintos grosores, planchas y otros productos para el pelo.

Se duchó como él le había pedido, se maquilló como solía hacer, arregló su melena con un moño suelto y se puso el vestido. No sabía cómo demonios había atinado con su talla, pero le quedaba mejor que bien, además conjuntaba con sus zapatos negros. Si no fuera porque se sentía como si fuera al matadero, se sentiría emocionada por salir con un chico tan rematadamente guapo y vestida como si fuera una celebridad. Llamó a sus padres y, después de indicarles que se pusieran lo más elegante que tuvieran, les dio la dirección donde tendría lugar la fiesta de compromiso.

Cuando la escuchó llegar al salón y se giró para verla no pudo evitar pensar lo bonita que se veía. Había pensado que era mona la primera vez que la vio, con su pelo mojado y desordenado y envuelta en una toalla de un color que hacía daño a la vista, pero ahora estaba completamente radiante. Aquel vestido rojo y negro realzaba el azul oscuro de sus ojos y sus labios, pintados de un rojo pasión que provocaría a más de uno.

—He llamado a mis padres. Estarán allí en una hora. Pero dime... ¿Por qué una fiesta de compromiso?

—La boda será en un par de semanas y no quería que mi familia se enterase el mismo día. Puedes llamar a tus amistades, si quieres —Ella negó con la cabeza—. Entonces, ¿Vamos?

Brant parecía tenerlo todo más que bien controlado. Cuando llegaron al salón del hotel en el que se iba a celebrar e informar ese compromiso aún no había llegado nadie. Kate caminó entre las mesas, mirándolo todo

totalmente asombrada antes de mirarlo a él.

—¿Tú has preparado todo esto?

—Yo no, el hotel.

—Pero tú les has dicho como lo quieres todo, ¿no? —él asintió—. Tienes buen gusto. Yo no sabría cómo organizar algo así.

—¿Ni para tu propia boda?

—Esto no es lo que yo imaginaba de una boda, Lennox. ¿Casarme con un desconocido menos de un mes después de haberle visto por primera vez, y sin saber nada de él?

—¿Devon es... era, era tu prometido?

Katherine suspiró al recordarle. Con lo sucedido en la última semana no había tenido ni un solo minuto para pensar en él.

—Era mi novio. Lo fue hasta que le destinaron a Londres y tuvo que irse. Íbamos a retomar nuestra relación cuando regresase. ¿Tú no tenías a nadie?

—No. Hay una chica con la que mi madre se empeña en casarme, pero ahora esos planes de boda son absurdos.

Por la forma en la que lo decía parecía que fuera ella quien le obligaba a esa boda e iba a decir algo en su defensa cuando las puertas de aquel salón se abrieron de par en par y empezó a entrar gente completamente desconocida para ella. Brant llevó una mano a su cintura y la pegó contra él, haciendo ver que eran una pareja real, y no una farsa que iba a terminar en un matrimonio extraño.

Kate fingió una sonrisa al no saber qué expresión poner, cuando lo que quería en realidad era huir de allí.

Al menos una treintena de extraños les felicitó por el enlace, otros simplemente miraron a la futura esposa por encima del hombro, como si fuera inferior. Samantha, en cambio se acercó a ella y, pese a no conocerla, sujetó su brazo y salió con ella a la calle para que le diera el aire.

—Pareces aturdida.

—No puedo creer que esto me esté pasando. Hace una hora le dije a tu hermano que me dejaría llevar pero es imposible. Simplemente no puedo aceptar esto.

—He pedido a Brant más de mil veces que te dejase tranquila, pero siempre me repite que no puede perdonar a tu hermano y que tu sacrificio también es el suyo.

—¿Pero por qué una boda? ¿Por qué no se conformaba con... no sé...

obligarle a limpiar su casa a las tres de la mañana?

—No te tratará mal, y su apartamento es alucinante. A las chicas con las que sale siempre les compra de todo, a ti te tratará como a una reina —sonrió con un brillo especial en sus ojos, como si en cierto modo le gustase que se fueran a casar de esa forma—. A lo mejor es muy raro pedirte esto, porque no nos conocemos y porque me acosté con tu hermano... pero podríais darnos un sobrinito. Adoro los bebés.

La afirmación de Samantha cayó como un jarro de agua fría sobre ella, y su mente empezó a llenarse de imágenes de esa chica ensangrentada al perder un bebé que eran de ella y de su hermano, se la imaginó durmiendo inocente mientras entraban en su habitación y le robaban a su hijo sin que ella supiera nada. Sin saber por qué lo hacía se acercó a ella y la rodeó con los brazos fuertemente.

Justo en ese momento llegaban los padres de la futura novia acompañados por Liam. Cuando éste vio a su hermana y a Sam, bajó la mirada al suelo, avergonzado por lo que había hecho, pero la muchacha se acercó a él para saludarle de forma amigable. No le guardaba rencor por lo ocurrido, a pesar de no saber sobre ese embarazo.

Emerald y John abrazaron a su hija evitando ponerse a llorar.

—Esto es una catástrofe. Una catástrofe... —murmuró la mujer—. Pero no te preocupes, haremos lo que sea para evitar esto.

—No mamá. Yo lo decidí, y los argumentos de Lennox son lógicos. Ésta boda puede hacer recapacitar a Liam. A lo mejor no está todo perdido con él —sonrió al verlo disculparse sinceramente con su futura cuñada.

Al entrar de nuevo en el salón, Brant se acercó a saludarles, pero antes de poder decirles nada sobre su hijo vio a su hermana acompañada de Liam. En su cara lucía la misma sonrisa dulce que siempre tenía, y hablaba con él como si nada importase. Cerró los puños con fuerza queriendo matar a golpes a Liam, pero de repente Kate agarró una de sus manos y aflojó el puño, entrelazando los dedos. Después de una sonrisa extraña a sus padres tiró de él hasta un rincón solitario.

—No le hagas esto. Ella trata de superarlo —dijo casi en un susurro, soltando su agarre.

—Tu no la conoces. Sam adora a los niños. Cuando sepa que tuve que quitarle el suyo por culpa de esas drogas que le dejaron en coma...

—Entonces no se lo digas. Que no se lo diga nadie. ¿Es muy difícil? ¿Lo sabe mucha gente?

—Mi madre no lo sabe, y mi hermana mayor tampoco. Mi padre lleva de viaje un año. La decisión de hacerle eso fue mía. Maldita sea, era ella o...

—Entiendo que odies a Liam así... ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

—Es culpa de tu hermano.

—Lo sé. Pero por eso estamos haciendo esto, para enseñarle que sus actos tienen consecuencias. Cierra los ojos, respira y actúa como sea que lo hagas siempre.

Después de una ruidosa cena en la que el comentario más escuchado era lo raro de ese compromiso, Lennox dio por finalizada la fiesta, invitando a todos que asistieran a su boda en dos semanas, lo que aún provocó más especulación. ¿Se habría vuelto loco? ¿Acaso esa joven estaba embarazada? ¿Sería como parte de pago de algún caso importante que llevase? ¿O quizás en compensación por algún caso mal llevado?

Por un momento quiso contarle a todo el mundo el motivo de esa locura, o peor aún, desistir de su castigo hacia ese chico. Pero al desviar la mirada hacía Kate vio que miraba a su hermano con expresión seria y pensó que quizás no se sentiría un villano si ella era su cómplice.

Pasada una hora de la media noche Brant detenía el coche frente al apartamento de los Mason.

—Supongo que no nos veremos hasta el día de la boda —dijo ella sin saber de qué otra forma despedirse de él.

—No creo que sea necesario. Pero necesito tu número para que contacten contigo de la tienda de vestidos de novia. No sabemos si será preciso hacer arreglos.

—Luego te envío un mensaje con el número. Entonces... ¿Hasta dentro de dos semanas? —él asintió, ella sonrió levemente y bajó del coche—. Gracias por el vestido, es precioso. Y por el trayecto.

Lennox no dijo nada, asintió nuevamente y aceleró para marcharse de allí.

CUATRO

Las dos semanas habían pasado tan deprisa que no pudo, ni siquiera, darse cuenta de ello. Había actuado como un robot en modo automático, se levantaba, se vestía, se iba a trabajar, sonreía sin ganas a los clientes y después regresaba a casa para pensar en lo que estaban haciendo Lennox y ella. No quería casarse y menos aún con él.

El enlace sería por la tarde y por suerte para ella, aún podría disfrutar unas horas más de su adorada habitación, esa en la que había dormido todas las noches de sus veinticuatro años de vida. En ese dormitorio había reído, había llorado y había hecho el amor por primera vez con el chico de su vida, Devon. Acarició la cama con los ojos llenos de lágrimas y cuando no pudo más arrancó a llorar desconsoladamente.

Su padre había estado mirándola desde hacía rato, sintiéndose el peor padre del mundo por permitirle dejar hacer eso por un hijo al que no habían tratado con la mano dura que requería.

—Lo siento... —dijo derrumbándose con ella—. Siento la vida de miseria a la que te hemos llevado entre todos.

—Esto es decisión mía. Y no será una vida de miseria, quizás con el tiempo nos enamoremos y lleguemos a ser felices. —Sabía que lo que decía era más para convencerse a sí misma que para hacer sentir mejor a su padre.

—¿Por qué no usas los ahorros que tenemos y te vas a Londres con Devon?

—Por dos motivos: porque le di mi palabra a Lennox y porque esto no es por mí, sino por Liam. No te preocupes, papá, de verdad que todo saldrá bien. ¿Ese es el vestido? —preguntó secándose las lágrimas y señalando la enorme bolsa que su padre llevaba en la espalda.

—Si. Tu madre está destrozada.

—Sólo es una boda. No es que me vaya a la Luna para no volver —ésta vez sí sonó convencida—. Dile que venga a ayudarme. Yo sola no podré con el corsé.

Esperaba en una pequeña salita a que vinieran a buscarla para el enlace. Hacía dos semanas que no veía a su ya casi marido y tenía unas horribles ganas de huir de allí siguiendo la sugerencia de su padre de un par de horas atrás. Devon se alegraría horrores si iba a verle, y más aún si se quedaba con él.

Temblaba, víctima de los nervios y la angustia, caminaba histérica sin saber qué hacer, hasta que se detuvo frente al espejo.

—¿Por qué demonios estoy haciendo esto? —preguntó a su reflejo mientras tocaba la suave y fina tela de su vestido de novia.

Brant sería muy guapo, y adinerado, y era abogado, y jefe de una gran bufete, lo que hacía que, probablemente, fuera uno de los chicos más deseados en sus círculos de amistades. Pero ella no lo amaba, ni sentía nada por él. Y estaba sacrificando su vida por los errores de su hermano, quien podría seguir llevando la vida que quisiera mientras ella sufría casada con ese hombre.

De repente un par de toques en la puerta la trajeron de vuelta a la realidad. Era él.

—Estás... —por un momento se quedó sin palabras. Dos semanas eran demasiado tiempo como para recordarla después de sólo haberse visto en tres ocasiones. Katherine estaba totalmente preciosa, aunque su expresión mostrase terror. El vestido parecía hecho para ella—. ¿Vamos? —Preguntó, ofreciéndole su mano derecha.

Ella no respondió con palabras, se miró al espejo por última vez y se acercó a él tocándose el dedo en el que luego habría una alianza. Agarró su mano sin mirarle y él tiró de ella hasta ponerla a su lado para caminar juntos hacia el altar.

—No te preocupes, pasará antes de que te des cuenta —murmuró, intentando aligerar la tensión que la mantenía rígida como un palo.

El salón era totalmente hermoso, decorado en tonos blancos, grises y escarlata. Sonrió levemente al ver algo de color, aunque igual que significase amor también dijera odio. La pasarela por la que debían caminar juntos estaba elevada con respecto del suelo, cubierta con la alfombra de terciopelo rojo, y perfilada con lazos también de color carmesí. Las sillas de

los invitados se repartían a los dos lados, y al fondo esperaba el juez que iba a casarlos.

Para suerte de los dos, el discurso del juez duró poco y pronto pasó al punto que les interesaba: la entrega de los anillos y las firmas.

Cuando Brant tomó su mano para ponerle la alianza notó que temblaba y la miró fijamente.

—¿Kate? —Susurró para que ella le mirase, pero no lo hizo—. ¿Quieres hacer a tus padres aún más infelices? No me importaría ver a tu hermano sufrir porque ese es el propósito, pero tus padres no tienen la culpa de lo que él le hizo a mi hermana. Levanta la cara, mírame y finge una sonrisa. Esto es una boda, no una sala de tortura.

Obediente como prometió ser, alzó la mirada para encontrarse con sus bonitos ojos verdes y simuló una sonrisa antes de tomar su anillo para ponérselo.

—Te ves bien sin las gafas.

—Gracias. A mí me gusta cómo me quedan, me dan un toque serio.

—A mí también me gusta más como te quedan, pero sin ellas también estás muy guapo.

—No te enamores de mí, ese no es el trato.

—Descuida. No lo haré —sonrió, esta vez un poco más tranquila.

Con todo correctamente firmado y los anillos en los dedos correspondientes, los invitados empezaron a ponerse en pie para marcharse.

La madre de Brant había estado toda la ceremonia lanzando miradas envenenadas a la familia Mason, desde el menor hasta el mayor, pero, a la que más odiaba era a esa mosca muerta que acababa de casarse con su precioso hijo.

Cuando ya todos empezaron a salir de la sala, se acercó a ella en compañía de otra chica, quizás de la misma edad que Lennox y de una belleza sin igual. Su cabello negro estaba perfectamente recortado al nivel de sus mandíbulas, dejando su fino cuello al descubierto; sus ojos de un precioso azul turquesa estaban enmarcados de negro, con unas largas pestañas que hacían que su mirada pareciera incluso más fría. Y sus labios rojos sonreían de forma que mostraban una hilera de dientes blancos como la nieve. Definitivamente era la chica ideal para Lennox.

—Debe saber, señorita Mason, que tenía planes para mi hijo —dijo la mujer, mirando a la recién casada con asco y rabia—. Johanna iba a ser una gran esposa para él.

Antes de que Kate pudiera decir nada en su defensa, la mujer llevó una mano a la cintura de la morena y se la llevó de allí.

—No les hagas caso. Mi madre siempre dio por hecho que me casaría con esa chica.

—Siento que por culpa de mi hermano todo haya resultado así.

—Ya no hay marcha atrás, somos marido y mujer. Vayamos a mi apartamento, hay que poner tus huellas para que se abra la puerta.

Casi como si no tuviera importancia lo que acababan de hacer, Lennox agarró el brazo de su esposa y la guió hasta el coche.

Samantha lo había decorado con unos lazos enormes y con unas latas vacías. Además había escrito un cartel en el que indicaba que estaban recién casados. Sin saber por qué Kate empezó a llorar, imaginando la alegría que le habría dado ver aquello de haber sido una boda por amor y no por castigo. Mientras su marido miraba el coche de forma furibunda, ella lo rodeó, acariciando los lazos y las decoraciones, imaginando la ilusión con la que los habría puesto.

—Tu hermana es un encanto, Lennox —afirmó, secándose la cara con las manos aún enguantadas—. Creo que si esta fuera una relación normal la querría como a una hermana.

—Será una relación normal: un marido, una mujer, anillos, un techo para los dos... —Kate lo miró con una ceja arqueada. Que tuvieran unos anillos en los dedos, o que fueran a vivir bajo el mismo techo o que hubieran firmado un acta matrimonial no lo hacía, ni de lejos, un matrimonio normal—. Lo que sea, no importa. Quita las decoraciones de ese lado, yo quitaré las de aquí.

Y después de un trayecto no demasiado largo, y de poner las huellas en la cerradura, llegó la noche.

Kate estaba vestida con algunas cosas que Brant había pedido que le comprasen cuando él decidió salir, como cada viernes a esa hora, con las chicas con las que solía disfrutar de su soltería. Bebería con ellas, se iría a hoteles y se acostaría con ellas hasta que amaneciese, sin importarle lo que había pasado horas atrás en un salón nupcial.

CINCO

Un año después.

Como cada último viernes del mes, Kate salía a cenar con sus compañeros de trabajo a la pizzería que había a pocos metros de la papelería.

Siempre resultó extraño para todos que Katherine nunca mencionase nada de su marido, ni siquiera pronunciaba su nombre, pero contrariamente, tampoco se quitaba el anillo de casada. Ese día, como las tres últimas veces, se sumó a la cena Samantha, quien visitaba a su cuñada asiduamente y por la que tenían gran simpatía.

—Hoy muero por comprar un libro que he visto. Tienes que acompañarme a la librería de Storm Av. —dijo animada mientras se colgaba del hombro de Kate.

—Hoy no sé... no me apetece —molestó ella, aun sabiendo que la acompañaría lloviera o hiciera sol—. Además iré con Lucy a...

—¡Ah no! A mí no me metas —gritó su compañera, dándole un tirón de pelo y haciendo reír a Kate y a Sam—. Y si dices de ir a algún sitio conmigo será al nuevo local de *streptase* de la calle Crown.

—Suena interesante —dijo Pierce, el jefe— ¿Crees que nos harían descuento por ser un grupo pequeño?

Todos empezaron a reír a carcajadas mientras Kate se ponía de pie para marcharse con su cuñada.

Sam se había convertido en algo así como su mejor amiga. Compartían secretos inconfesables, sueños, deseos. Era como la hermana que no tenía y la quería muchísimo.

Se despidieron temprano del resto de empleados y se marcharon.

No esperó a descansar o a visitar a sus padres, no se cambió de ropa ni

llevó la maleta a su apartamento. Lo primero que hizo Devon al aterrizar el avión fue ir a casa de los Mason. Hacía un año que había perdido la comunicación con Kate, ya no conseguía que le respondiera sus emails, o que contestase a sus llamadas, simplemente había desaparecido y no podía permitirse perderla, la quería demasiado.

Aparcó y cruzó la calle con unas horribles ganas de verla, de abrazarla y de besarla. Llamó al timbre con insistencia hasta que Emerald le abrió.

—¡Devon! —exclamó al verlo.

—Señora Mason —saludó con una sonrisa radiante antes de darle un abrazo cariñoso—. Muero por verla, ¿Está en casa?

Emerald trató, en balde, de contener las lágrimas. Había pasado un año y, aun después de comprobar que la vida de su hija no era tan desastrosamente infeliz como había imaginado, no se hacía a la idea de verla casada con Brant.

—Ella... Ella ya no vive aquí.

—¿Se independizó?

—Algo así. Siéntate. —El chico obedeció. Empezaba a sentirse nervioso por lo que fuera que iba a decirle, pero entonces Emerald disparó—. Hace un año que está casada.

—¡¿Cómo?!

—Liam hizo algo malo, y a cambio de que no fuera a prisión se casó con el hermano de la chica. —Explicó—. Su padre le sugirió que cogiera todos los ahorros de la familia y que huyera contigo a Londres.

—Ella no lo habría aceptado nunca —dijo con un hilo de voz.

La madre negó amargamente. Pese a saber lo duro que debía resultar para Devon escuchar los detalles sobre esa boda, también debía saber que Kate no había dejado de quererle, y que no sentía nada por su marido, incluso le contó que dormían en habitaciones separadas como si solamente fueran compañeros de piso.

Poco antes de una hora el muchacho salió de casa de quien se había convertido en su ex sin siquiera saberlo. Subió a su coche y apoyó la frente contra el volante. Sabía que dejarla por dos años llegaría a ser demasiado duro para ella, pero nunca imaginó que pudiera llegar a casarse con otro en solo unos meses. Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo antes de arrancar el motor e ir a verla.

La quería, no había dejado de hacerlo ni un solo día desde que se separaron y no tenía muy claro si tomar las palabras de Emerald como una

broma y empezar a reír o si ponerse a llorar por saber que la había perdido.

Detuvo el coche en la pizzería en la que siempre se reunía con sus compañeros. Nunca fue con ella, pese a ello, sabía perfectamente donde era, así que sin más dilación entró, buscando una mesa en la que hubiera un grupo de personas que se ajustase a lo que ella le había contado: tres hombres y tres mujeres, todos exageradamente escandalosos. Supo de inmediato quienes eran y sonrió internamente al ver que lucían casi como los había imaginado cuando ella le hablaba de ellos en el pasado.

Una de las chicas, cuya melena rubia caía por su espalda hasta más abajo del trasero, le indicó que había ido con su cuñada a comprar libros, así que allí fue.

Al llegar a la librería en la que supuso que estaría Kate, entró, buscando con la mirada, deseando con todas sus fuerzas poder verla. Y ahí estaba, más bonita incluso de lo que la recordaba.

Devon la miraba embelesado mientras ella dejaba un libro en la estantería y tomaba otro para leer la sinopsis. Estaba tan hermosa como la última vez que la vio y sus sentimientos no habían cambiado en absoluto. Seguía amándola con la misma intensidad con la que lo hacía antes de que ella se casase con el malnacido de su marido. Por un segundo se arrepintió de su decisión de marcharse a Londres, de no haber sido así, ahora, quizás estarían comprometidos y se casarían no mucho después, llenando de amor y color cada uno de sus días.

Dudó si acercarse a saludarla o si simplemente marcharse e ignorar que la había visto, pero la dependienta de la librería le llamó a voz en grito después de haberle reconocido de la universidad.

Cuando Katherine escuchó el nombre de su ex, se giró de inmediato, como si esperase verlo. Y ahí estaba. De pie. Frente a ella. En medio de uno de los pasillos. Y mirándola con los ojos llenos de tristeza. Sin dudarle ni un solo segundo corrió hacia él y se abrazó a su cuello, empezando a llorar desconsoladamente. Se disculpaba entre hipidos mientras besaba su mejilla por no poder besar sus labios. Aunque no quisiera, respetaba su matrimonio, y no podía besarse con otro chico aunque lo desease con toda el alma.

—Te he echado de menos desesperadamente.

—Yo también a ti, cariño —respondió él, cerrando con fuerza los ojos después de haber dicho la última palabra—. Yo a ti también...

Samantha los vio abrazados y llorando en medio de la tienda y no dudó en acercarse a ellos para preguntar qué pasaba, pero al ver como Kate

miraba el dedo en el que llevaba la alianza supo que ese era el chico al que había amado siempre.

—Ella es Sam. Es mi...

—¿Cuñada? —preguntó él, haciendo que ella alzase las cejas con expresión de duda—. Lo sé todo. Antes de venir a buscarte aquí fui a tu casa. Tu madre me ha contado sobre tu boda, y en la pizzería, tus compañeros me han dicho que estarías aquí con tu cuñada.

—Tienes que saber, Devon —empezó Samantha con total confianza—, que Kate y mi hermano no tienen nada. Ni siquiera han pasado una primera noche juntos.

Katherine se sonrojó de inmediato al ver la soltura con la que su cuñada lo había dicho, pero a su vez se alegró de que Devon lo supiera.

—Nuestro matrimonio solo es una firma en un papel...

—Pero es un matrimonio.

La forma en la que lo había dicho guardaba resentimiento, y Kate pudo leer, entre líneas, esos sentimientos ocultos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era cierto, consumado o no, era un matrimonio, y ese desconocido con el que estaba casada era su marido, le gustase más o le gustase menos.

Su reencuentro tenía pendientes muchos asuntos por aclarar, muchas disculpas que dar y mucho tiempo que recuperar, así que, sin dudarlo, quedaron para hablar más tranquilamente al día siguiente.

Se despidieron sintiendo como sus corazones se hacían pedazos con cada paso que se separaban, pero así tenía que ser.

Tarde de chicos.

Una vez a la semana Brant salía con Ethan, Walter y Logan a beber en el salón de uno de los clubs a los que pertenecían. Normalmente jugaban a póker, fumaban puros y bebían whisky, y ese día no iba a ser distinto.

Estaban sentados en la pequeña sala en la que flotaba el humo del tabaco como una espesa nube, el foco colgaba del techo hasta un metro por encima de la mesa y en ésta, un tapete verde con fichas y cartas. Sus reuniones eran simplemente perfectas para ellos, hablaban de sus cosas, compartían sus pensamientos y criticaban lo que no les gustaba de sus parejas.

—Odio cuando Rebecca usa mis calzoncillos como pantalones creyendo que resulta sexy. Antes adoraba verla vestida solo con eso, pero desde que se quedó embarazada ha engordado como veinte kilos y es horrible ver como se le remete por el trasero —se quejó Walter sobre lo que no le

gustaba de su mujer.

—Yo no tengo quejas de Linda, al menos esta semana —rió Logan—. Esta semana se ha revelado y no se ha depilado ni las piernas, ni las ingles, ni las axilas. Pensaba que me enfadaría por ir desarreglada pero yo tengo mucho más pelo en cualquiera de esas partes y no lo uso para hacer un drama. Ethan, tu aun eres un inmaduro, ¿pero qué nos cuentas tú de tu mujer, Brant? Rara vez dices nada de ella, es como si no existiera.

Lennox miró sus cartas antes de desviar su atención a ellos. Salvo lo de su hermana, no tenía secretos con nadie, se consideraba una persona transparente y no le importaba hablar de cosas íntimas con sus amigos.

—Sabéis que ella es totalmente indiferente para mí. Quizás lo único que tendría que recalcar es que el otro día me vio cuando llevaba a una de las chicas en el coche y me miró de una manera que luego no había forma de que mi amiguito quisiera salir a jugar, ni siquiera fui capaz de tocarla.

—¿No se te levantaba por cómo te miró tu mujer? —preguntó Ethan con sorna—. Últimamente evitas hablar de ella y cuando lo haces, se te nota diferente. —Los otros dos chicos asintieron—. ¿Qué te pasa con ella? ¿No decías que ibas a hacerla sufrir? ¿Acaso no eres capaz? —inquirió con maldad antes de beber un sorbo de whisky.

—No lo sé. Intento hacerlo pero luego no soy capaz. Al principio pensé que sería una tortura estar casado con ella, pero no es así.

—¿Te gusta? —preguntó nuevamente, haciendo que su voz retumbase en el vaso antes de dar un nuevo trago.

—¡Ni loco! Es insufrible, es...

—Recuerdo que hace unas semanas dijiste que su mayor defecto era que nunca se quejaba. Que hacías cosas para molestarla y que nunca te recriminaba nada.

Lennox llevó una mano a su frente y respiró pesadamente. Realmente no se entendía a sí mismo. No le gustaba la idea de estar casado, y menos con esa chica, pero tampoco le desagradaba llegar a casa y saber que ella estaría allí, que quizás habría cocinado algo o habría decorado de algún modo su sobrio apartamento. Ahora fue él quien tomó un enorme trago de su bebida. Era incapaz de sentir odio hacia ella y acababa de darse cuenta de ello.

Sin añadir una palabra más a esa conversación se recostó en el respaldo de su sillón y levantó los hombros como para indicar a sus amigos que no tenía nada que añadir.

La velada avanzó sin que ninguno mencionase nada más acerca de él o

de Kate. Se pusieron en pie, en último lugar Lennox, que se llevó con él la americana, que reposaba perfectamente doblada en el respaldo de la silla.

—Nos vemos el viernes en la cena de los Richmond —dijo Logan, estrechando la mano de sus amigos.

—¿La traerás o traerás a una de tus chicas? —preguntó Ethan, haciendo referencia a las acompañantes de dudosa reputación con las que solía acudir a esas cenas.

—Buenas noches —se despidió sin responder a su amigo.

El trayecto hasta casa fue un infierno. No había logrado quitarse a su mujer de la cabeza. No entendía por qué no podía detestarla, ni por qué no le encontraba defectos. La respuesta a esa cuestión era bastante sencilla de entender: ellos no compartían nada. Vivían bajo el mismo techo pero eran completamente independientes, cuando él salía no contaba con ella, no le importaba si salía o con quien lo hacía, no compartían habitación, ni dialogo. Solo compartían los desayunos o alguna que otra cena. Para él, Kate era una extraña, alguien a quien no conocía. Pese a ello, y pese a los motivos que les habían llevado a casarse, no la odiaba, y cuando había tratado de molestarla era solo por socializar con ella o por hacerla sonreír.

Al entrar en el *parking* las dudas de si debía llevarla o no a esa fiesta le tenían más que inquieto, sobre todo porque ese año coincidía con el primer aniversario de su enlace. Nunca había salido con ella, ni una sola vez. Cuando Katherine tenía compromisos siempre iba sola o con Sam y él... bueno, él tenía a sus "amigas" para esas citas inaplazables. Ni siquiera sabía cómo preguntarle si quería acompañarle.

Pasaba una hora de la media noche cuando se enfundó con uno de los pijamas que ella le había comprado semanas atrás y cruzó el pasillo para entrar en su cuarto y hablar con ella. Le había llevado el resto de la tarde y parte de la noche armarse de valor. Llamó a la puerta con tres golpes y abrió, sin esperar a que ella respondiera.

Katherine se movió de prisa y se secó los ojos.

—¿Estás llorando?

—No es nada.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no es nada, Lennox.

Brant miró la mesilla, donde estaba el móvil de ella y por un segundo pensó que había otro, que habría traicionado ese contrato en el que prometía

ser siempre fiel y que por eso lloraba, pero bajo su cintura asomaba el lomo de un libro. Sin decir nada llevó las manos hasta ella y tiró del objeto, del que se deslizó un bonito y fino marcapáginas de cerámica, que se rompió en tres trozos al caer.

—Lo siento... —dijo agachándose para recoger los pedazos mientras ella lo miraba incrédula ¿se había disculpado?—. Mañana te compro otro.

—No hace falta. Me lo regalaron al comprar unos libros.

—Te compraré otro. ¿Llorabas por esto? —zarandeó el libro antes de que ella estirase los brazos y se lo arrebatase de las manos.

—No importa. ¿Querías algo?

De pronto Brant se encontró sin saber qué decir. Había irrumpido en su cuarto sin autorización, había sospechado de ella y había roto aquel bonito marcapáginas. Dudó si preguntarle o no, pero solo sacudió la cabeza y salió de allí, apoyando la espalda en la puerta después de cerrarla.

Empezaba a sentirse intimidado por ella y lo peor es que ella no necesitaba hacer nada para lograrlo.

* * *

Desde su despedida con Devon tres horas atrás, no había podido dejar de sentirse extraña. Por un momento deseó romper esa farsa de matrimonio para correr a los brazos de su verdadero amor. No podía evitar querer estar con él, reír con él, sentir sus abrazos y sus besos, recuperar esos dos años de soledad.

Después de una ducha cogió uno de los libros nuevos y se estiró en la cama para leer, recordando con lágrimas en los ojos la mirada que tenía cuando lo vio por primera vez esa misma tarde.

Y había seguido llorando al leer como el protagonista del libro también sufría por una situación similar.

* * *

Brant se giró e irrumpió de nuevo en el dormitorio, solo que ésta vez ella estaba de pie, vestida con su ropa diminuta y de puntillas frente a la estantería, donde dejaba el libro, en el que había puesto un lazo como marcapáginas.

—El viernes... —su propia voz resonó en su cabeza como si hubiera tenido eco—. El viernes hay una cena en Richmond Square.

—Supongo entonces que no vendrás a dormir —dedujo ella, acompañando sus palabras con una sonrisilla burlona, sabiendo que pasaría la noche con alguna prostituta.

No podía. Realmente no podía pedir a su mujer que le acompañase.

—No, no vendré a dormir. Después de la fiesta probablemente vaya a un hotel con...

¿Por qué no era capaz de decirle que iba a ir con una puta? ¿Por qué no podía, simplemente, hacerla a un lado y ningunearla como hacía siempre?

—No era necesario dar explicaciones, pero gracias por avisar. Le diré a tu cocinera que esa noche no prepare nada, así no habrá que tirar comida.

—¿Que no prepare nada? ¿Tú no piensas cenar?

Ella no respondió. Sonrió levemente y se acercó a la cama.

Lennox no pudo evitar fijarse en sus piernas desnudas mientras se estiraba de nuevo en la cama. Nunca lo había pensado antes, al menos no de esa forma, pero era hermosa. Sus cabellos de color chocolate, sus enormes ojos azules oscuro y su piel de porcelana la hacían verse más como a una diosa inalcanzable que como a una mortal de carne y hueso. Y encima estaban sus curvas perfectas, y de eso si se fijó el día de la fiesta de compromiso o el de su boda, cuando al abrirse la puerta la vio con ese vestido de novia encorsetado que le hacía una cintura fina como las que le gustaban a él.

En vista de que Kate no respondía salió de la habitación, frustrado y en cierto modo avergonzado por no haber podido pedir a su mujer que le acompañase, por el contrario le había insinuado que iría con una prostituta y que luego se acostaría con ella.

Después de la visita extraña de su marido a su dormitorio se quedó pensando los motivos por los que parecía tan raro. Nunca antes había entrado estando ella, ni se había disculpado si había metido la pata con algo. En cambio, después de romper su marcapáginas se disculpó. Además, ella sabía desde que el primer día de casados que él se acostaba con prostitutas, incluso le había visto en más de una ocasión acompañado de esas chicas, pero nunca le había dado explicaciones. Por un momento le hizo pensar que a lo mejor Samantha le había contado sobre su reencuentro con Devon y ese extraño cambio de actitud no era más que una estrategia para controlarla.

SEIS

Los nervios por volver a ver en unas horas a su adorado Devon la mantuvieron en vela toda la noche. Pero no había ojeras que un poco de maquillaje no pudiera ocultar, además, debía verse perfecta para él.

Al sentarse a la mesa Brant la miró fijamente. Había pasado la noche sintiéndose como un niño de quince años invitando por primera vez a una chica, solo que no tenía quince años y esa chica no era una compañera de clase sino su mujer.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

Era extraño porque, a pesar de haber desayunado juntos un centenar de veces desde que se casaron, nunca habían hablado más de lo necesario. Sus desayunos eran casi como si dos extraños se sentasen en mesas contiguas en una cafetería, solo que uno estaba frente al otro.

—¿Por qué? ¿Tiene que pasar algo para que te mire? — inconscientemente había sonado a provocación.

—No. Puedes mirar. Es gratis —sonrió ella en respuesta, clavando la vista en él y llevándose la taza de café a la boca.

—¿Quieres que vayamos juntos a por tu punto de libro? —La proposición le salió sin tener que prepararse, sin tener que pensar en cómo plantearlo y sin siquiera imaginar lo raro que sonaría que de repente le propusiera hacer algo juntos.

Kate lo miró con los ojos abiertos de par en par. ¿Había escuchado bien? ¿Salir juntos? Por un momento se quedó sin saber qué responder. Su cita con Devon no sería hasta la tarde, así que de querer, podría salir con su marido sin que eso le impidiese reunirse con su cita. Asintió con la cabeza sin mirarle.

—¿Eso es que quieres que vayamos juntos?

—Contigo no, juntos. Pero te dije que me lo habían regalado. No tienes

que comprar nada. Tengo otros puntos muy bonitos.

—Se rompió por mi culpa, así que lo reemplazaré ¿Tú estás lista? — Kate terminó de un sorbo el café que quedaba en su taza y mordió el croissant antes de asentir—. Entonces vamos.

Al bajar en el ascensor Kate creyó que irían a pie, que caminarían hasta una librería que había cerca y que regresarían de inmediato, pero se detuvieron en el aparcamiento. Brant abrió la puerta de copiloto y ella se sentó, ajustando el cinturón.

—Estás rígida, ¿Qué te pasa?

—No es nada, es solo que la última vez que subí en este asiento fue el día de la boda. Es un poco incómodo ir contigo.

—Vaya, que halagador —murmuró—. Para mí también es un poco inusual... ya sabes.

Ella sabía que las que subían en ese asiento eran las chicas con las que se acostaba, salía con ellas, bebía con ellas y las llevaba a caras suites de hotel. La misma Samantha le había dicho que llevaba haciendo lo mismo desde que cumplió los veinte años y cada vez más asiduamente, tanto que ahora no pasaba semana sin que saliera, al menos, una vez con ellas.

Llevar a su mujer en el asiento de al lado era más que raro, aun así, condujo en silencio hasta una joyería. Teniendo claro lo que quería pidió una joya hecha marcapáginas: una sola palabra “Love”, en plata, con un brillante en el extremo de la letra E y una borla de seda.

—No es necesario tanta exageración, Lennox. No necesito nada de esto, ni que sea de plata, ni...

—Tómalo como regalo de aniversario.

—Es en una semana...

—Una semana, un día, un mes... Tómalo como quieras, Kate. Tampoco creo que sea un delito comprarle algo a mi mujer. Hace un año de la boda y lo único que sé de ti es que te gusta leer, así que eso es lo único que podría comprarte.

Nuevamente Kate miraba extrañada a su marido. Desde esa noche todo había sido surreal: había entrado en su cuarto sólo para decirle que el viernes no cenaría en casa, algo de lo que nunca informaba, se había disculpado por el punto de libro roto, le había dicho de reemplazarlo... y ahora parecía reprocharle que no se conocieran.

La joya no estaría lista hasta unos días después, ya que era un pedido personalizado, así que, del mismo modo en el que habían ido, volvieron. En

silencio, en un coche en el que hacía un año que no estaban juntos y con la misma dirección: el apartamento de Lennox.

La tarde llegó sin que volvieran a dirigirse la palabra. Usualmente era así, pero esta vez se sentía diferente, como si estuvieran enfadados y ella tuviera la culpa de todo.

A la hora de salir a su cita con Devon dudó si debía quedarse, a lo mejor, si se acercaba a su habitación y le preguntaba qué pasaba, podrían volver a como habían estado hasta la noche anterior, pero por más que llamó no respondió nadie. Cuando se asomó al dormitorio de su marido se dio cuenta de que él no estaba. Había hecho lo que solía hacer: marcharse sin decir nada a nadie. Sonrió para sus adentros sintiéndose estúpida al plantearse por un segundo anular su salida con su ex.

Se arregló frente al espejo y se marchó impaciente por ver de nuevo a su amado Devon.

La sonrisa se dibujó en sus caras tan pronto como Devon alzó la mirada y la encontró caminando hacia él. Estaba radiante, más incluso que el día anterior. Ésta vez no traía compañía.

Se puso en pie para saludarla y cuando estuvieron frente a frente no supieron cómo proceder, no sabían si darse la mano, si darse dos besos o si besarse en los labios como ambos deseaban, pero se quedó en un cálido abrazo seguido de un beso en la mejilla.

—Estás preciosa.

—Tú también. Ayer estaba muy nerviosa y no te lo dije pero estos dos años te han sentado muy bien. Seguro que tenías locas a las inglesas —rió.

—Si bueno... pero tú tampoco te quedas atrás. Te ha crecido muchísimo el pelo y tus ojos parecen haberse oscurecido. Te he extrañado tanto... —sin poder controlarse la abrazó de nuevo, hundiendo la cara en su cuello y aspirando su perfume—. ¿Ya no usas aquel perfume de vainilla?

—Después de la boda todo fue un caos. Lennox había pedido a sus sirvientas que llenasen la habitación que yo iba a ocupar y desde entonces sólo he usado lo de allí. La ropa, los perfumes, los maquillajes...

—Si no le quieres... Porque no le quieres ¿verdad?

—¡Oh no! Que va. ¡Pero si prácticamente no nos conocemos! —rió—. Desayunamos juntos algunos días antes de que él se vaya al bufete o coincidimos a la hora de la cena, pero no sé nada de él, y lo poco que sé es

que lleva acostándose con prostitutas desde los veinte años, que odia la zanahoria y que nunca está en casa los viernes.

—¿Por qué no te divorcias? Kate, podríamos vivir juntos. Sé que suena precipitado, que volví ayer y eso, pero ¿por qué no lo hacemos? Yo puedo darte la vida que querías. Puedo cumplir tus sueños, y tu cumplirías los míos sólo con estar ahí. Podemos casarnos y tener hijos, podemos ser felices uno al lado del otro. No tienes que obligarte a estar casada con alguien así. Dime, ¿por qué no te divorcias?

—Cuando me dijo que el castigo por lo de mi hermano tenía que pagarlo yo, y me dio sus motivos, accedí sin mencionar un divorcio. No he pensado en ello pero supongo que aún es pronto...

Devon tomó sus manos entre las suyas y las apretó, clavando los ojos en los de ella.

—Yo siempre estaré aquí para ti. No importa si ese divorcio llega en unos meses más o en dos años, sólo prométeme que tus sentimientos por él no cambiarán.

Kate asintió con una sonrisa. Era imposible amar a nadie más cuando su corazón estaba completamente lleno de Devon.

La tarde avanzó tranquila dando paso a la noche e, incapaces de separarse, fueron a cenar al restaurante al que llevaban yendo desde los diecisiete años. Allí coincidieron con un compañero de él, quien también había vuelto de Londres el día anterior.

Pasaron una velada agradable, entre risas, con miradas y caricias imposibles de evitar, pero lamentablemente Kate debía volver, no porque su marido se hubiera impuesto, de hecho seguramente no sabría que había salido, pero ella sentía obligación moral.

Caminaron despacio hasta el edificio de Brant, rozando sus manos de vez en cuando y sonriendo sintiéndolo como una travesura.

—Lo he pasado genial hoy, Kate.

—Yo también. Tanto que quisiera fugarme contigo al fin del mundo.

—Primero quiero que te divorcies, porque si huyo contigo lo primero que querré hacer es darte mi apellido —dijo, pellizcando su mejilla—. El viernes hay una fiesta. Los jefes de mis jefes hacen una fiesta anual en uno de sus edificios y algunos de los empleados más brillantes estamos invitados... —Tras decir eso hizo una mueca graciosa y se señaló—. Podemos llevar pareja. Es viernes y tu marido no estará...

—No. Él tiene una cena con unas personas importantes y luego tiene una

cita...

—Entonces ven conmigo. Lo pasaremos bien. —Kate asintió antes de darle un corto abrazo—. Espero verte antes. No creo que pueda aguantar tantos días sin ver esa sonrisa —besó su mejilla y se dio la vuelta para salir corriendo en dirección opuesta.

Después de ver cómo se alejaba hasta perderlo de vista, subió a su habitación, se estiró en su cama y se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

La semana avanzó hasta llegar el miércoles y después de un largo juicio, Brant se tomó el resto de la tarde libre. No era asiduo a dejar su puesto de trabajo, y menos aun siendo uno de los dueños del bufete, pero tenía una buena excusa esperando por él en la joyería.

Al llegar a casa su mujer aún no había llegado, y no dudó en ir a buscarla a la papelería como algo excepcional. Pese a que Kate tenía coche, a su trabajo iba en autobús. Siempre se quejaba de lo difícil que era llegar con los atascos, o aparcar en las cercanías, así que la solución era ir en transporte público, que, además, le dejaba justo delante.

A la salida no esperaba que su marido estuviera allí, y cuando sus dos compañeras empezaron a murmurar sobre lo guapo que era el chico que había apoyado en el coche en la acera de enfrente, Kate no pudo evitar mirar en esa dirección con disimulo, pero lo que encontró no fue un simple chico guapo sino Brant.

—Chicas, nos vemos mañana... —dijo deteniéndose.

—Hey, ¡eres una mujer casada! —rió Xandra, una de las dos.

—Creo que el buenorro está pillado —Kate miró a Lucy con los ojos desorbitados, como si no quisiera que hablasen nada de él.

—Nos vemos mañana.

Cruzó casi sin mirar y se acercó a Lennox completamente extrañada por que hubiera ido a buscarla a su trabajo.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Ya está tu punto de libro. Pasé a recogerlo al salir del juicio — señaló el asiento de copiloto, donde había una preciosa bolsa negra.

Kate rodeó el coche y después de coger el envoltorio se sentó en el asiento.

Podría decirse que no le hacía ilusión saber que era un regalo de su marido, pero sí le emocionaba saber lo que era, adoraba los libros tanto

como el material escolar y por ende, cualquier cosa que tuviera que ver con lo uno o con lo otro le encantaría . Sacó una pequeña cajita perfectamente envuelta con papel brillante negro y después de abrirlo con cuidado se deleitó mirando aquella preciosidad.

Las letras se enlazaban unas con otras haciendo un punto de una sola pieza, era delgado, más incluso que el que él le había roto, y tenía un brillante pequeño. La borla era de seda blanca, con un tacto suave.

—¿Te gusta? —Preguntó al ver la expresión con la que ella miraba su regalo.

—Es... es completamente precioso, Lennox. Es, simplemente, lo más bonito que he visto. Pero, ¿Por qué Love?

—Los libros que lees son todos de romance, ¿no? —ella asintió y sonrió cuando lo entendió.

Como siempre que recibía un regalo, acertó la distancia entre ellos y besó su mejilla.

—Gracias.

Por primera vez, se sentía feliz al hacer un regalo. Había hecho cientos de regalos a las chicas con las que salía, pero siempre fueron impersonales, un perfume cualquiera, una gargantilla, un viaje... siempre eran cosas que su secretaria compraba por él, pero ese era un detalle que él mismo había elegido y se sentía bien al comprobar que le había gustado. Tampoco podía negar la sensación que le había dado ese beso.

Al llegar a casa actuaron nuevamente como dos desconocidos.

Él se dirigía a su habitación cuando Kate le detuvo, sujetando la manga de su americana.

—También yo cenaré el viernes fuera de casa.

—¿Con quién? —preguntó Brant. De pronto se sintió ridículo al preguntarle, sobre todo cuando era él el que nunca daba explicaciones.

Katherine dudó unos instantes, pero aunque a él probablemente le importaría un bledo que saliera con Devon, le mintió.

—Iré con una amiga a la que hace tiempo que no veía.

—Supongo que está bien entonces —sonrió, haciendo que se le encogiera el estómago por mentirle—. Espero que lo pases bien en tu cena, y que tengáis muchos buenos recuerdos que compartir. Buenas noches, Kate.

—Buenas noches, Brant —dijo, viendo cómo se metía en su cuarto y cerraba la puerta, dejándola ahí, en medio del pasillo, sintiéndose la peor

persona del mundo.

Miró la mano en la que tenía la bolsita de la joyería y caminó hasta su dormitorio, tragando con fuerza el nudo que se había instalado en su garganta.

SIETE

Faltaba solo una hora para que Devon llegase para buscarla, estaba frente al espejo con sentimientos contradictorios, feliz por salir con él pero horriblemente mal por haber mentido a su marido, quien se había despedido antes de irse con un “pásalo bien” y una sonrisa. Puede que su matrimonio no fuera real, que no hubiera amor, pero sentía obligación moral por respetarlo, por ella y por Brant. Sacudió la cabeza para expulsar de ella todos los pensamientos que pudieran arruinarle la noche. Subió la cremallera de su vestido y sonrió al imaginar la cara que pondría su ex cuando la viera, enfundada con ese precioso vestido rojo.

Devon llegó antes de lo que habían quedado. No subió ni llamó al timbre porque suponía que no le habría dicho a su marido con quien iba y, pese a saber que él no iba a estar en casa, creyó más adecuado llamarle por teléfono desde su aparcamiento, en la acera de enfrente. Cuando la vio acercarse con la cola del vestido en una mano y con un pequeño bolso de mano en la otra, cuando vio como se había peinado y maquillado y el modo en que le sonreía pensó en lo dispuesto que estaba a cualquier cosa por ella.

—Estás preciosa, Kate.

—Gracias —sonrió, tratando de que no notase como se ruborizaba.

—Dios mío, es que estás realmente preciosa. Elegiste perfectamente bien ese vestido, parece hecho para ti..

—Bueno, en realidad es uno de los muchos que Lennox mandó comprar para mí.

Hasta ese momento no supo lo serio que era lo de Kate con su marido. Salía a una cita con él usando un precioso traje que su marido le había comprado, y ni siquiera había tratado de ocultarlo o camuflarlo.

Subieron en el vehículo mientras ella lo miraba sonriente. Esa era la primera vez que subía con él en coche y la primera que sentía como el

asiento del lado del conductor le pertenecía.

Condujeron casi en silencio hasta el lugar de la fiesta, un imponente edificio antiguo remodelado, donde sólo se veían dos hileras de elegantes ventanas y una enorme puerta custodiada por dos enormes pilares de mármol que entre tres personas no podrían rodearlo.

—Bueno, princesa, este es el lugar. Primero pasaremos a saludar a mis jefes y luego tendremos la noche para nosotros “solos” —dijo, sabiendo que, aunque el salón estuviera repleto de personas para ellos solo existiría el otro.

Si aquel edificio parecía grande por fuera, por dentro aún lo era más. Los suelos de los pasillos refulgían de un blanco perlado, mientras que en los salones o en las escaleras estaban totalmente tapizados con alfombras de colores suaves. Las lámparas de araña destellaban miles de colores en aquellos techos tan altos. Pese a sentirse fuera de lugar, Kate no borró su sonrisa, ni actuó fuera de lugar.

Tal como dijo Devon, se acercaron al grupo de hombres para los que trabajaba y después de los pertinentes saludos, puso una mano en su cintura y empezaron a bailar en el centro del salón, donde había al menos una veintena de parejas danzando.

Cuando Brant salió de casa pensó por un instante en darse la vuelta y llevar a su mujer, pedirle que cancelase la cita que tenía con su amiga y que le acompañase. Casualmente ese día era su primer aniversario y, pese a no haber amor, la apreciaba como para celebrarlo con ella. Subió casi de forma automática y fue directo a su habitación. Sonaba música, así que no cabía duda de que aún no se había marchado. Abrió la puerta lentamente después de un par de toques a los que ella no respondió, pero no estaba visible. Sonaba la ducha de fondo, así que no quiso incordiarla. Cerró la puerta de nuevo y se marchó, con el extraño sentimiento de que debía haberle pedido que le acompañase.

A la entrada del edificio Richmond esperaba Tany, su acompañante de ese día, con un vestido amarillo oro que ya le había visto en otra ocasión y bajo el que no parecía llevar nada. Sonrió al imaginar lo sexy que le resultaba la falta de ropa interior debajo de una prenda como aquella. La besó en la mejilla y, como tantas otras veces, entraron en la lujosa construcción.

Todo iba a pedir de boca. La cena había sido de lo más exquisita y ahora

se encontraban en el salón de la fiesta, donde sonaba música de fondo y donde podía conversarse de cosas menos serias que los negocios.

Algunas parejas estaban en el centro del salón, bailando cuerpo con cuerpo, pero él se encontraba a gusto, charlando con uno de sus socios y un antiguo cliente mientras tomaba una copa de champán. En un segundo, las personas con las que hablaba se apartaron lo suficiente como para poder distinguir, a lo lejos, una cara conocida: su mujer, acompañada de otro hombre. De pronto sintió como le hervía la sangre bajo la piel ¿Le había mentido? ¿Le había mentido para irse con otro? ¿Sería ese el ex del que seguía enamorada? Si, tenía que serlo, su expresión era radiante y su sonrisa mostraba lo feliz que era en los brazos de ese chico. La miró fijamente, apretando con fuerza la copa de su mano, hasta que ésta estalló, dejando caer los cristales al suelo acompañados por la sangre que brotaba de los cortes de su mano. Ni siquiera se había dado cuenta de sus propias heridas hasta que Tany sujetó su mano pidiendo escandalosamente un médico.

Katherine se giró hacia los gritos y se encontró de frente con su marido. Se dio la vuelta como si dándole la espalda no pudiera verla o como si haciendo eso él no la hubiera visto, pero Devon se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —Ella se había puesto rígida como un palo, y su cara lucía sin la sonrisa que la había acompañado toda la noche—. ¿Hey, estás bien?

—Lennox... —alcanzó a murmurar.

—Lennox. Su marido. Al que ha engañado para salir con otro hombre mientras él creía que cenaba con una amiga a la que hacía tiempo que no veía... —dijo Brant a solo unos centímetros de ella.

—Lo siento, Kat. No sabía que él vendría a esta fiesta —se disculpó Devon sin siquiera mirar al marido.

—Yo lo siento más. La fiesta para vosotros termina en este mismo instante.

Sin hacer cuenta de la sangre que brotaba de su mano, agarró su brazo y tiró de ella para llevársela de allí. No miró a Tany, no dijo a nadie una sola palabra, todos habían sido testigos de su espectáculo y no tenía ganas de explicar nada o de justificarse ante nadie. Siguió tirando de su mujer hasta la entrada y allí tropezó, producto del mareo que la pérdida de sangre estaba provocando en él y se apoyó en ella.

—No me puedo creer que me hayas engañado así —murmuró con la cabeza reposando en su hombro.

Kate no dijo nada. Se puso frente a él y sacó el pañuelo que decoraba el bolsillo de su americana para ponerlo en su mano, que lo apretase y dejase de sangrar de esa forma tan exagerada. Rodeó su cintura para que se mantuviera en pie y fueron hasta la zona de aparcamiento.

Poco después estaban en la sala de curas del hospital, dónde él seguía murmurando lo mal que le había sentado esa mentira. Y era cierto, le había traicionado. Le había engañado para que no le doliese a sí misma esa mentira. Le había dicho algo que no era cierto y desde entonces había tenido arrepentimiento, pero se esfumó en el momento en el que vio como otra mujer sujetaba su mano ensangrentada, sabiendo que era una mujer de la calle, a la que le había pedido que le acompañase a esa fiesta y, con la que pretendía ir a un hotel a pasar la noche mientras ella dormía en su cama. No, de haber tenido remordimientos, él mismo los había eliminado.

Katherine no huyó como supuso que haría. No había dicho ni una sola palabra desde que sus ojos se encontraron dos horas atrás en la fiesta. No había derramado una sola lágrima, sólo parecía incómoda, pero no arrepentida, o molesta, o triste.

Tras seis puntos en distintos cortes y un vendaje un tanto exagerado, los mandaron a casa, pero de camino al aparcamiento Lennox se arrancó las vendas que cubrían las suturas de su mano.

—No me puedo creer lo que ha pasado... —dijo apretando los dientes y lanzando el vendaje contra su asiento—. ¿Sabes? Después de una semana ni siquiera sabía cómo pedirte que vinieras conmigo, y resulta que tú ya tenías planes para irte con ese tío. Es tu ex, ¿No?

Kate conducía sin responder, sin mirarle, dejándole que patalease como si de un niño pequeño se tratase. No iba a seguirle el juego porque no tenía ganas de discutir quién había traicionado más al otro. Lennox sabía bien las veces que había dormido con otras, con mentiras o sin ellas. No tenía derecho ni moral para reclamarle, sobre todo porque ella y Devon no estaban haciendo nada indebido, solo habían ido a una fiesta a la que también había asistido un centenar de personas, entre ellas él, acompañado por esa prostituta.

Llegando al apartamento Brant estaba un poco más tranquilo, ya no maldecía con cada bocanada de aire, se limitaba a resoplar y a mirarla de reojo. Casi le hacía gracia esa actitud, pero siguió sin decir nada al respecto. Realmente era como un niño.

Al entrar en casa Lennox fue derecho a su dormitorio y ella, sin dudarle, le siguió.

—¿Qué buscas? ¿Qué quieres?

—No te voy a decir que lo siento porque no es verdad —dijo por primera vez en dos horas—. Desde que se celebró la boda tú solo has salido con prostitutas, has dormido en hoteles con esas mujeres y no has dado explicaciones. Te mentí. Si, lo hice. Pero aunque lo hice, ahora no me arrepiento, porque realmente me apetecía salir y divertirme, y encima era con Devon.

—Realmente te gusta, ¿no? —después de hacer la pregunta se sorprendió a si mismo al notarse nervioso temiendo por esa respuesta.

—No. No solo me gusta, Lennox. No he dejado de amarle desde que le conocí. En mi corazón nunca ha habido y nunca habrá otro que no sea él.

Katherine le había quitado la corbata y estaba aflojando los botones de su camisa para que él no se hiciera daño en la mano herida. Lennox la miraba directo a los ojos. No sabía por qué se sentía así. Realmente él había traicionado su matrimonio un centenar de veces y ella nunca había dicho una palabra, pero lo que realmente le molestaba no era que hubiera salido con un hombre sino con ESE hombre, con el mismo chico con el que había estado desde siempre y el mismo al que había confesado amar.

—Déjalo. No es necesario que hagas esto. —dijo frenándola por las muñecas.

Kate no discutió. Se dio la vuelta y salió de la habitación camino de su dormitorio, dejándolo perplejo por su actitud, pero más que eso, por sus propios sentimientos, confusos, indecisos, desconocidos.

Solo pasaron dos minutos hasta que Lennox corriera tras ella.

—Si te pido el divorcio... —dijo irrumpiendo en su habitación sin llamar, sorprendiéndola en ropa interior y con el vestido rojo en las manos.

La miró unos segundos sin decir nada. Era su mujer, llevaban un año casados y sin embargo esa era la primera vez que la veía prácticamente desnuda.

—Si me pides el divorcio te lo daré —dijo ella sin pestañear.

Ni siquiera se había cubierto ante la presencia de su marido, al que nunca había visto desnudo y frente al que nunca se había puesto de esa guisa.

Lennox dio un par de pasos hacia ella sin dejar de mirarla.

—¿Te irías con él?

—Si me lo pide, sí.

—¿Y si la condición para dejarte libre es que no te vayas con él?

—Es absurdo. Si me pides el divorcio es porque ya no quieres seguir fingiendo que esto es un matrimonio. No hay sentimientos de ningún tipo entre tú y yo, así que no tiene sentido que pongas condiciones. Y más porque sabes que le quiero.

—¿Y si te dijera que me gustas y que me pone enfermo que sientas nada por otro?

—Me harías reír. Está claro que sientes por mí lo mismo que yo por ti. No tiene sentido hablar de gustar, de cariño o de amor entre nosotros porque éste matrimonio solo es una firma en un papel.

—Pues arreglémoslo.

Lennox se acercó a ella y sin mediar palabra la levantó en volandas para llevarla de vuelta a su habitación, dejando caer el vestido en el suelo, en medio del pasillo. Ella no dijo una sola palabra por lo que aún le dio más confianza para hacerlo.

La dejó sobre su cama con el mismo cuidado con el que trataba siempre a sus compañeras de alcoba, pero con un sentimiento distinto esta vez. Ethan le había preguntado si le gustaba y él lo había negado, pero fue desde ese instante cuando empezó a analizarla, a observarla y a parecerle en cierto modo atrayente.

Katherine sabía que aquello solo lo hacía para molestarla, en ningún momento se le pasó por la cabeza que pudiera hacer nada más, pero de pronto Brant se agachó, acercándose a ella y, después de mirarle a los ojos un par de segundos la besó. Sintió que caía por un precipicio sin final, sintió como la boca de su marido ardía en la suya y lo peor, le estaba gustando sentirse así por él. Llevó las manos hasta su pecho y le empujó para apartarle. No iba a permitirle que le tratase como si ella fuera solo una segunda opción, ni iba a permitirle que saliera a una fiesta con una, que la colmara de atenciones, que le riera las gracias y que al llegar a casa pretendiera acostarse con ella sólo para hacer uso de ese matrimonio. Lennox sonrió, y esa fue la primera vez que le vio hacerlo de esa forma.

—Hoy no dormirás en tu habitación.

—Yo creo que sí —respondió ella, incorporándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Brant llevó las manos a sus caderas y la trajo contra su pecho.

—Eres mi mujer —ronroneó en su oído.

—Solo en un papel.

No dejó que dijera nada más. La hizo girarse y llevó una mano a su cuello, levantando su mentón con la ayuda de su dedo pulgar y se agachó para volver a besarla. No la iba a dejar marchar.

Kate no pretendía dejarle hacer con ella lo que quisiera, ella no era una marioneta y él no era su dueño, pero se sentía tan ligera que creyó que si se apartaba de ella no podría tenerse en pie y se caería. Sin darse cuenta estaba correspondiendo a ese beso con la misma intensidad, con la misma pasión. Había llevado las manos hasta las suyas y había hundido sus finos dedos entre los de él.

Poco a poco Lennox los guió hacia la cama pero, antes de hacerla estirarse, sin dejar de besarla, guió sus manos hasta su ropa para que siguiera desnudándole como había empezado a hacer antes de irse a su habitación. Sin soltarla se deshizo de la chaqueta del traje, dejando que se deslizase por sus brazos y cayera contra el suelo, luego siguió el chaleco y después la camisa. Y llevó sus manos hasta el botón del pantalón. Ésta vez se apartó un par de centímetros para mirarla mientras se lo quitaba. Nunca antes había reparado en las expresiones de sus acompañantes antes de acostarse, simplemente se metía en la cama con ellas, se complacía con ellas y se marchaba. Pero Katherine era su mujer, y lo mínimo era hacer el amor, no solo sexo. Mientras ella se deshacía tímidamente del pantalón, él rozaba sus pechos por encima del sujetador con el dorso de la mano, sintiendo como sus pezones empezaban a endurecerse bajo la tela de satén blanco.

—Te estás excitando —sonrió.

Katherine lo miró directa a los ojos, despertando del trance, y de pronto se sintió avergonzada por sentirse así por un tipo como él. Se contempló a sí misma vestida sólo con la ropa interior y negó con la cabeza, como si eso fuera un error. Dio un par de pasos atrás y de nuevo se dirigió hacia la puerta para marcharse.

Lennox sonrió nuevamente y volvió a por ella, sólo que esta vez la estiró sobre la cama y él lo hizo con ella.

—No es malo que te excites cuando estás con un hombre. Soy tu marido.

—Sólo en papel, Lennox. Entre nosotros no hay nada y esto está de más —dijo mirándole a los labios sin poder dejar de desearlos—. Yo no tengo deseos de acostarme contigo, y menos aun sabiendo que esta misma noche

has salido con otra. Yo no soy alguien que se elige como segunda opción.

Y yo no quiero que lo seas de primera. Pensó él mientras se apoderaba de su boca. Separó sus rodillas y se acomodó entre sus piernas mientras la besaba y acariciaba su suave melena con la mano herida.

Se negaba a si misma disfrutar de esa relación. Trataba de convencerse de que solo sería sexo, que cuando terminase de usarla como a una más de sus acompañantes podría irse a su habitación y que nada más derivaría de esa noche de pasión.

Su marido era muy sensual y, aunque no quisiera, más de una vez pensó que lo era: cuando iba hacia el comedor anudándose la corbata, cuando hablaba con algún socio por teléfono apoyado en el marco de la puerta, cuando...

La temperatura iba subiendo entre ambos irremediablemente, y cuando Lennox metió las manos dentro de las braguitas de su mujer para acariciar su cálida y húmeda intimidad ella gimió, curvándose hacia arriba y excitándole de una forma que nunca antes había experimentado. ¿Sería posible que estuviera gustándole más que ninguna de las cientos de veces que había estado con mujeres?

Kate sujetó su mano para que no siguiera, pero él no se apartaba, así que le empujó hacia un lado de la cama y se colocó a horcajadas sobre él, sorprendiéndose a sí misma de lo que estaba haciendo. ¿Ahora era ella la que llevaba el mando? Brant colocó las manos en su trasero y la llevó hacia adelante para morder la tela de su sujetador, pero ella le detuvo con una sonrisa que no pudo evitar.

—No tan deprisa, tigre. Ahora me toca a mí.

—¿Te toca, qué?

Katherine no respondió con palabras, pero se levantó ligeramente y metió la mano entre sus piernas para alcanzar su dura y hinchida masculinidad, que estaba preparada para la acción. Se mordió el labio inferior al escucharlo gemir cuando la apretó entre sus dedos y empezó a mover la mano arriba y abajo.

Brant abrió los ojos, llevó una mano a la nuca de su mujer y se incorporó para apoderarse con fiereza de la boca de su esposa. Maldita sea, aquella estaba resultando toda una experiencia y lo mejor era que no había amor, ¿Cómo sería de estar enamorados?

Kate sonrió y, colocando las manos en sus hombros le obligó a estirarse. Devolvió las manos a la entrepierna de su marido y con un movimiento ágil

se sentó sobre él, haciendo que la penetrase hasta el fondo de un solo movimiento. Echó la cabeza hacia atrás mientras gemía y se apretaba los pechos.

Los dedos de Lennox se hundían en la cintura de su mujer mientras la guiaba en sus movimientos, pero pronto la elevó y salió de ella. La recostó de lado en la cama y se deshizo de todas las prendas que les quedaban, la quería completamente desnuda, disponible para él. Se deslizó lentamente sobre ella y volvió a besarla.

Ésta vez notaba en su pecho el tacto de sus senos desnudos y no pudo evitar llevar una mano hasta ellos para acariciarlos y apretarlos entre sus dedos, No eran grandes, pero tenían el tamaño justo para que cupieran en sus manos.

Lentamente entró en ella, haciéndola gemir nuevamente. Levantó sus piernas para que le rodease la cintura con ellas y siguió, con embates rápidos hasta que, tanto él como ella terminaron.

Lennox se dejó caer sobre ella, sintiendo su respiración pesada y los fuertes latidos de su corazón. No podía creer que después de un año esa fuera la primera vez que experimentaba el sexo con ella y lo maravillosamente excitante que había resultado. Besó su cuello, su mejilla y sus labios antes de echarse a su lado.

Con una prostituta se habría levantado, se habría duchado y se habría marchado, pero ella no era una puta, por el contrario era su esposa y no solo no quería irse, sino, que tampoco quería que fuera ella quien se marchase, al menos no esa noche.

Recorrió su cintura con los dedos mientras la miraba, Kate estaba de lado, frente a él y con los ojos cerrados, sonriendo cuando el roce de sus dedos le hacía cosquillas.

—Y al fin eres mi mujer... —murmuró.

Ella abrió los ojos como si acabara de despertarla de un sueño, trayéndola de vuelta a la cruda realidad en la que estaba casada con un perfecto desconocido. Se incorporó cubriéndose con la sábana y pretendió salir de la cama.

—¿Dónde crees que vas?

—A mi habitación, Lennox.

—No —dijo bloqueándola—. Ésta noche tu sitio es este, en mi cama, conmigo. Deja que mañana sea otro día, que volvamos a ser dos extraños con un matrimonio aún más extraño, pero no pretendas cambiarlo ahora.

Ésta noche todo ha sido diferente y no quiero que cambie hasta que salga el sol.

OCHO

Esa mañana de domingo no fue soleada ni templada, por el contrario, el frío atravesaba los cristales de la ventana, haciendo que Kate se estremeciera y que acurrucase su espalda aún más fuerte contra el cálido cuerpo que la arropaba. Abrió los ojos de par en par al notar como Brant besaba su cuello. ¿Estaba despierto? ¿Cómo demonios iba a enfrentarlo? ¿Cómo iba a salir de la cama sin más, sin siquiera saber qué decirle?

—Buenos días —murmuró con una mueca, sin saber si era lo más apropiado.

Con Devon nunca tuvo ese problema, cuando habían dormido juntos siempre despertaron entre besos y abrazos, pero él no era Devon y ella no era ni había sido su única mujer.

—Buenos días, Kate.

Se giró para tenerle de frente pretendiendo levantarse y marcharse, pero al verlo despeinado, y enganchado al pelo, uno de los puntos adhesivos que le habían puesto la noche anterior en uno de los cortes más pequeños, empezó a reír. Estaba graciosísimo.

Dios mío, que guapo está... Pensó, tratando de no mirarle para evitar ponerse nerviosa.

—¿Te ríes de mí? —Kate estiró su brazo derecho hacia él y con cuidado le quitó el apósito, moviéndolo frente a sus ojos—. Oh no, mi bonito complemento... —dijo, frunciendo el ceño y tirando de ello para recuperarlo. Ambos sonrieron por la ocurrencia.

Sin querer sus dedos se rozaron y Brant no pudo evitar acercarse a ella para besarla en los labios.

—Esto no está bien... —le detuvo, poniendo una mano frente a su boca para que no siguiera acercándose.

—¿Puedo saber por qué? Eres mi mujer, ¿no puedo besar a mi mujer?

Kate no respondió. Se deslizó por la cama en busca de su ropa interior y una vez vestida con eso se incorporó.

—Sigue siendo un matrimonio de papel, Lennox. Que nos hayamos acostado y hayamos pasado la noche juntos no significa nada...

—¿Estás segura? ¿Estás completamente segura de que algo aquí dentro no ha cambiado? —preguntó, tocándose el pecho con los dedos, preguntándole con ese gesto si a ella no le había pasado lo mismo que a él. Pero Kate no dijo nada. Miró hacia el suelo un par de segundos como pensando en una respuesta y después de un suspiro salió de su cuarto.

Y si necesitaba comprobar si le gustaba o no, había tenido toda una noche para comprobarlo. Después de verla salir de su cuarto con esa expresión extraña, se dejó caer contra la almohada, suspirando con fuerza. Le gustaba, era imposible que no lo hiciera.

Kate entró en su cuarto con el corazón golpeando su pecho como nunca. No se entendía a sí misma. Estaba feliz por saber que Devon había vuelto y que seguía amándola como siempre, pero a su vez también tenía ese extraño sentimiento que su marido había despertado en ella esa noche. Se apoyó contra la puerta mientras cerraba los ojos y respiraba profundamente en busca de un pensamiento lógico. Era un casanova, no, ni siquiera era eso. Se acostaba con mujeres a las que pagaba a cambio de sexo, ni siquiera tenía que esforzarse para conquistarlas. Esa noche, probablemente, no habría sentido con ella más que con cualquiera de esas prostitutas. Sonrió al sentirse una estúpida por pensar en que pudiera empezar a gustarle sólo por una noche. Tomó impulso con el trasero para ir al baño y darse una ducha.

Esa mañana, aunque hiciera frío o incluso aunque lloviera, había quedado con su cuñada, así que se vistió con algo cómodo pero elegante y, después de maquillarse sutilmente y arreglar su pelo, salió del dormitorio.

Al entrar en la cocina Brant estaba sentado a la mesa, comiendo su desayuno, vistiendo un pantalón de deporte gris vigoré y una camiseta azul éter cuyos botones tenía sin ajustar. Lo miró un segundo, pensando en marcharse sin decir nada, pero él la había escuchado llegar y se giró para verla.

—Vas muy guapa. ¿Tenías planes para hoy? —preguntó, dando un sorbo a la taza de café que tenía en la mano sana.

—Si. Tu hermana quería comprar unas cosas para su nuevo entretenimiento y me pidió que fuera con ella.

—¿Nuevo entretenimiento? —Ella asintió con la cabeza.

—Éste mes quiere ser pintora. Así que necesita que, como experta de ese tipo de materiales, le indique qué comprar.

—Hace cerca de un mes que no veo a mi hermanita... No te marches rápido, espérame. Iré con vosotras —al ponerse de pie Kate no supo dónde ponerse para no rozarle, y moviéndose torpemente tropezó con la pata de uno de los taburetes de la isla de la cocina, pero Brant fue rápido y sujetó su brazo por la muñeca para que no terminase en el suelo. Acto seguido la soltó con una mueca de dolor.

—Oh, Dios, tu mano... ¿Estás bien? ¿Te...? —Antes de poder darse cuenta de sus actos tenía su mano entre las suyas y miraba atentamente las suturas o el corte del que se había caído el punto.

—Estoy bien. Solo son unos cortecitos. No te vayas, ¿vale? quiero ir con vosotras—. Lennox la dejó en la cocina para ir a vestirse y apareció de nuevo diez minutos después.

Samantha prácticamente le había ignorado. Acostumbraba a salir con su cuñada, pero que su hermano las siguiera como lo hacía le resultaba más que intimidante. Quedaba con Kate siempre que tenía nuevas aventuras, cuando conocía a un chico nuevo, cuando leía un libro realmente bueno, cuando iba a algún concierto o veía alguna película realmente especial. Igual era para Kate, la única persona en el mundo que conocía sus secretos o sus pensamientos era Sam, esa niña que se había ganado su corazón con su personalidad dulce y cariñosa.

Al principio Sam quiso comprar todas sus cosas nuevas en la tienda de Kate, pero ésta le dijo que en el almacén venderían probablemente más barato y que así ella también podría llevarse algo, si encontraba cosas de su agrado.

Caminaban lentamente por los pasillos mientras Kate contaba a su hermana para qué era cada cosa. Él la observaba como no había hecho nunca antes con nadie, y analizaba la forma en la que se dibujaba la sonrisa en su cara mientras su hermana hacía tonterías con un juego de pinceles, o cómo ella misma hacía muecas al ponerse delante de un caballete, fingiendo que dibujaba sobre la nada. Solo hizo falta estar con ella una hora para darse cuenta de que realmente tenía sentimientos por ella. Quizás no la amaba, al fin y al cabo ella tenía razón, no eran un matrimonio real, pero sí le gustaba, y le gustaba mucho.

Pese a bromear y a reír, se notaba que las tenía incómodas, así que

decidió marcharse y dejar que hicieran solas sus compras.

—Hey chicas, por fin se marcha el pesado —se acercó a ellas acortando la distancia, especialmente con su mujer—. Os dejo que compréis solas.

—Querías espiarnos, ¿no es así? —murmuró la muchacha, entrecerrando los ojos con una mueca graciosa.

—Oh sí, claro que sí —rió él, llevando una mano tras su cuello y acercándola para dejar un beso en su frente. Acto seguido se acercó a su mujer y sin previo aviso la besó en los labios—. Sed buenas chicas.

Samantha los miró boquiabierta, totalmente confundida, ¿Desde cuándo se besaban?

Tan pronto como su hermano salió del almacén, acorraló a su cuñada contra uno de los estantes, necesitaba saberlo todo, desde cuando ese acercamiento, desde cuando se besaban...

—Todo. Quiero saberlo todo. Para empezar... ¿Qué ha sido eso?

—No sé por dónde empezar —respondió Kate un tanto avergonzada. Cuando Samantha se cruzó de brazos como esperando una respuesta, ella agarró su muñeca y tiró hasta la calle—. Ayer hice algo... ¿Recuerdas a Devon?

—¿Tu ex?

—Sí. Tu hermano tenía una cena e iba a ir con una de sus chicas.

—Putas.

—Bueno, sí. El caso es que Devon me invitó a que le acompañase a una fiesta a la que le habían invitado sus jefes y yo le dije que sí. Pero mentí a tu hermano y resulta que su cena y la fiesta de Devon eran lo mismo. Me descubrió y allí mismo se terminó la fiesta para nosotros. Al llegar a casa...

—Se llevó las manos a la cara como si fuera una adolescente ruborizada—. Bueno... nos acostamos. —Samantha abrió la boca casi tanto como los ojos, y justo un segundo después la abrazó con fuerza mientras daba saltitos de alegría—. No sé cómo pasó.

—Ya, claro que no. ¿Pretendes de una chica de veinte años y soltera le diga a una mujer casada cómo se acostó con su marido? —Kate no sabía dónde esconderse. No le avergonzaba lo que había hecho, al fin y al cabo todos estamos aquí por esa misma razón, pero le abochornaba contarle cómo, donde, cuando y de qué manera—. No te cortes, Kate. Sabes que desde el principio he pensado que hacíais una pareja preciosa. Es cruel decirlo, más por ti que por lo que pasó, pero me alegro de ese incidente y de que mi hermano te propusiera matrimonio, aunque fuera de esa forma tan

especial. Y me alegro de que hayáis dado otro paso.

La mañana pasó mucho más deprisa de lo que pensaron, y pronto llegó la hora en la que cada una debía marcharse a casa.

Al dejar el coche en el aparcamiento, miró el deportivo de Lennox, en el que había subido hacía unas horas y se sintió nerviosa por ver a su marido. ¿Qué pasaría si volvía a intentar besarla? Ella no quería dar “otro paso”, como había dicho Sam. Ella estaba enamorada de Devon y era él con el que realmente quería estar, no con su marido.

Subió por la escalera en lugar de usar el ascensor y rezó internamente por que se hubiera ido a comer fuera, no le importaba donde o con quien, pero que no estuviera en casa.

—Señora Lennox, el señor Lennox está en su cuarto —dijo la empleada—. Cuando llegó estaba pálido, ¿Está enfermo?

—No sé... No creo. Voy a ver. Gracias por avisar Zoe.

No quería verle por miedo a caer nuevamente en sus redes, aun así no podía evitar preocuparse por lo que la empleada le había dicho. Si Lennox había llegado tan pálido como para que Zoe se diera cuenta, es porque algo había mal en él.

Irrumpió en la habitación después de llamar, sin esperar a que su marido la invitase a entrar y lo encontró tendido en la cama con la mano herida colgando por el lado del colchón.

Corrió hacia él sin pensar en nada más que no fuera en su salud.

—Lennox... —murmuró al ver como realmente sus labios estaban blanquecinos y su cara carecía de color—. ¿Estás bien?

—Sí. No te preocupes.

—¿Por qué estás así? ¿Qué te pasa?

—Al abrir la puerta olvidé las suturas. No sé cómo lo hice pero me arranqué uno y me duele, eso es todo.

Al mostrarle la mano había una gruesa gota de sangre en el lugar donde faltaba un punto.

—Por eso te pusieron las vendas, para que no te hicieras daño.

—¿Y dónde has visto a un abogado de mi clase llevar vendajes?

—¿Dónde has visto a un idiota romper una copa de cristal apretando con una mano? —replicó—. Deja que vea con qué curarte eso. Luego devolveremos el vendaje a tu sitio. Y, quieras o no, tendrás que llevarlo hasta que te cures.

Poco a poco Brant fue recobrando el color de su cara y poco después iban juntos a la cocina, donde la comida esperaba por ellos ya servida.

Kate pasó la tarde nerviosa, encerrada en su dormitorio, tratando de no ir al cuarto de su marido, pero de vez en cuando no podía evitar la inquietud de saber cómo estaba, así que, cada hora u hora y media fue visitándole para preguntar por su mano. Lejos de entrar y acercarse a él, lo hacía desde la puerta, sin llegar a entrar, hasta que una de las veces lo encontró dormido y se aproximó.

Parecía tan tranquilo...

Armándose de valor y dejándose llevar por su propio instinto, se inclinó sobre él y le besó en la frente. Definitivamente le gustaba. Se dio cuenta en el mismo momento en el que, horas atrás, se vio a sí misma correspondiendo a su beso. Le gustaba mucho, pero a pesar de ello, nada iba a cambiar entre ellos.

—Buenas noches, Brant —susurró, saliendo del dormitorio con el corazón galopando en su pecho.

Pese a no haber dicho nada, notó como ella entraba en su cuarto, como besaba su frente y la forma en la que le susurró. Tuvo que controlarse a sí mismo para no levantarse e ir a por ella igual que había hecho la noche anterior, pero temió que le rechazase.

—Buenas noches, Kate —respondió en un murmullo cuando escuchó como ella cerraba la puerta de su habitación.

NUEVE

Hacía días de su primera noche juntos y Kate parecía evitarlo a como diera lugar. Se levantaba antes que de costumbre, desayunaba antes de que Lennox se levantase y se iba de prisa al trabajo.

Brant, por su parte, también trataba de evitar encontrarse con ella. No quería enamorarse de ella bajo ninguna circunstancia, y la única forma que tenía de evitar que sus sentimientos crecieran, era tratando de no cruzarse con ella, al menos, hasta que su corazón no se agitase al escucharla tras la puerta.

Esa tarde era la primera, después de la fiesta, en la que Devon se atrevía a ir a verla. Kate le había dicho en un mensaje que estaba bien, que solamente habían ido al hospital para curar las heridas de su marido y que habían ido a casa, pero después de eso, no le dijo nada más. Para más inri, estaba lo que supo a través de Samantha.

* * *

Después de esa noche, mientras iba a comer con un par de compañeros de trabajo, se encontró con Samantha y, sabiendo que ella era la única persona de esa familia con la que Kate trataba de forma habitual, no pudo evitar llamarla para saludarla.

—¡Hola! —Saludó ella—. Te vi antes, pero no sabía si te acordarías de mí, por eso no te dije nada.

—Por supuesto que me acuerdo —dijo acortando la distancia para darle dos besos—. Sólo nos hemos visto una vez pero no soy de los que olvidan una cara fácilmente. ¿Qué tal todo?

—¡Genial! Dentro de dos semanas me voy de vacaciones a Roma y, después de dejar que Kate se fuera a casa, he ido a por las cosillas que voy a necesitar —dijo moviendo un montón de bolsas de papel enormes que

llevaba en las manos—. No pesan —rió al ver la cara que puso él.

—Voy a comer con unos amigos, pero aún es pronto. ¿Quieres tomar algo?

Sam asintió efusivamente, corrió a su coche, que justo lo tenía al lado, y después de meter en el maletero todos los bultos, se agarró a su brazo para que él guiase.

Devon sabía que esa chica guardaba los secretos de su amada Kate y no dudó en usar sus estrategias de chico genial para sonsacarle lo que se moría por saber. Con cuidado de que no se notase, llevó la conversación hasta el punto que le interesaba: el matrimonio de esos dos. Le contó lo mucho que se había enfadado Lennox cuando los vio juntos en la fiesta y la forma en la que se la había llevado de allí.

—No le pegó ni nada por el estilo. Mi hermano no es violento... —después de decir eso se sonrojó—. Al llegar a casa... ellos... Bueno, ya sabes. Están casados, viven juntos...

—¿Me estás diciendo que se acostaron? ¿Qué durmieron juntos? ¿O solo pelearon? —su tono de voz delataba su desespero por saber.

—Se besaron. Se acostaron. Durmieron juntos y esta mañana han venido juntos. ¡Incluso mi hermano la ha besado en la boca! —Exclamó, radiante de felicidad—. Adoro la pareja que hacen.

Devon sonrió de la forma más extraña que había sonreído nunca, mientras apretaba los dientes y cerraba los puños alrededor de la tela de su pantalón. Sonreía por no coger a Samantha del cuello y obligarle a decirle todo lo que sabía. Pero se relajó de inmediato, ella estaba fuera de la relación, y era normal que se alegrase al ver a su hermano en buenos términos con su esposa, pero su esposa le pertenecía a él, no a Lennox, y no estaba dispuesto a mostrarse lleno de dicha al ver como su ex pasaba la noche con otro.

—Siento mucho haberte preguntado.

—Es verdad, ella es tu ex... No lo había pensado, Devon. Lo siento mucho.

—No te preocupes —disimuló, mirando la hora en su muñeca derecha—. Ya es hora de que me vaya. Deben estar esperándome. Me alegro mucho de haberte visto. —Ella sonrió en respuesta—. Cuídate mucho, ¿vale?

—Tú también, Devon.

Salió del pub con la sangre hirviendo bajo su piel. No podía creer que Kate le dijera que todo estaba bien, cuando estaba más que lejos de estarlo.

Había pasado la noche con otro hombre, aunque fuera su marido, pero era otro hombre que no era él.

* * *

Esperaba frente a la papelería en la que ella trabajaba, con el corazón encogido. ¿Y si después de esa noche no quería volver a verle por culpa de su marido? Le había prometido que no tendría sentimientos por él, pero durmieron juntos, y alguien no duerme en la misma cama de alguien por el que no se tienen sentimientos ni se besa con él la mañana siguiente. Su cabeza era un lío total y los nervios por saber si aún sentía por él lo mismo que él por ella iban a matarle.

Tan pronto como Kate salió, una sonrisa reluciente se dibujó en su cara. Sin dudar lo cruzó la calle y se abrazó a él.

—Te he extrañado estos días —le dijo con su melodiosa voz.

—Yo también a ti, cariño... —su boca decía una cosa pero su cuerpo no la había abrazado del mismo modo que acostumbraba a hacer.

—¿Qué pasa?

—Nada, no es nada. ¿Quieres una cena temprana en mi casa? Mis padres no están y no me apetece cenar solo.

Kate dudó un segundo. No había podido sacar a Lennox de su mente ni un solo momento desde esa noche y dudó si aceptar la invitación de Devon. Pero luego sonrió, sabía que la respetaría, siempre lo había hecho, y ahora ella pertenecía a otro hasta que se divorciasen. Asintió efusivamente antes de rodear el coche y ocupar el asiento de copiloto.

Aquella casa no había cambiado nada en dos años. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido para los McDeal en el mismo momento en el que Devon se fue a Londres. Todo estaba en el mismo lugar, todo olía como siempre lo había hecho. Incluso las fotos en las que aparecían juntos seguían estando encima del mueble.

—Extraño ese tiempo en el que pasaba horas aquí.

—¿Quieres venir a mi cuarto? —ella negó con la cabeza, sabiendo que si entraba con él se besarían como siempre lo habían hecho, y ahora menos que nunca quería caer en una tentación para ella prohibida.

—Ve a cambiarte, yo espero aquí.

Devon apretó los puños sabiéndose rechazado, pero se acercó a ella y la besó en la frente antes de marcharse y dejarla sola en el salón.

Llevaba un rato sentada en el sofá, en silencio, con el único sonido del reloj como compañía, y empezaba a preguntarse si le habría pasado algo y por eso no salía. Devon no estaba haciendo ruido alguno y tampoco le escuchaba canturrear como había hecho siempre mientras se cambiaba de ropa.

Dudó un segundo pero se acercó a la puerta de la habitación y, tan pronto como ella alzó la mano para llamar, Devon la abrió. Se miraron unos segundos sin saber qué hacer, pero Kate se dio la vuelta para volver al salón y él la detuvo, tirando de ella hasta el dormitorio.

Kate empezó a sentirse inquieta. Sabía lo que iba a pasar y sentía como su corazón se aceleraba más con cada paso que daban. Lo amaba, amaba a ese chico que sujetaba fuertemente su mano, como nunca podría querer a nadie y de pronto, cuando él acortó la distancia y puso una mano en su cuello para besarla, empezó a sentir que eso no estaba bien. Su marido probablemente estaría en casa ya, y ella estaba en la habitación de otro hombre.

La intensidad de sus besos se incrementó hasta el punto de hacerle daño, aun así no se quejó. Hacía tanto que no lo sentía en su piel que podía soportarlo, pero Devon llevó las manos a su camisa y la destrozó para quitársela, sin cuidado alguno, como si acabase de desatar a un animal salvaje que estuviera a punto de devorarla sin piedad.

La guió hasta la cama mientras ella contenía las lágrimas por ver lo diferente que era de lo que recordaba, de lo que deseaba. Pero se dejó llevar.

Devon seguía besándola con fuerza, con una pasión que él mismo no podía contener. Antes le gustó acostarse con ella, pero ahora ella estaba casada y había estado con ese indeseable, así que pensó que debía reparar el agravio estando con ella a como diera lugar. Debía recordarle que lo suyo era real, y no ese matrimonio.

De pronto, la imagen de su marido llevándola en brazos a su dormitorio, la imagen de Lennox besándola con cuidado o la imagen de ella misma sobre él, sonriendo por lo que estaban haciendo, se coló en su memoria y trató de detener lo que estaba pasando con su ex.

—No puedo, Devon —dijo apartándole. Él siguió besándola y desnudándola salvajemente sin escuchar una sola palabra—. Devon, no puedo —dijo más fuerte esta vez, apartándolo de forma brusca. Le estaba haciendo daño, la estaba forzando a algo que no quería y la estaba haciendo sentir poco menos que un objeto.

—¿No puedes? ¿Es por tu marido? ¿A él también le dices que no puedes? ¿O es que te gusta ser para él una más de sus putas?

Y lo único que hubiera podido decir Devon que la hubiera herido de verdad era eso, que le dijera que era una prostituta. Tragó con fuerza y sin mirarle salió de debajo de él, recogió su ropa y se marchó.

Podría estar muerto de los celos al imaginarla con Lennox, aun así se había pasado. Él nunca le hubiera dicho nada como eso en otras circunstancias, se había dejado llevar por la rabia de que le rechazase y la había ofendido como nunca.

—Perdóname... —rogó en un murmullo apoyándose en sus rodillas—. Por favor, perdóname, Kate.

Katherine corrió por la calle hecha un mar de lágrimas. Lo amaba como nunca había amado a nadie pero él no entendía su difícil situación y había tratado de obligarle a hacer algo que no deseaba sin importarle recurrir a la fuerza bruta.

Detuvo a un taxi para no ir caminando al apartamento de Lennox con la ropa destrozada y lloró a mares en el asiento trasero, desahogando su angustia con un desconocido que lo más que podía hacer era darle palabras de ánimo.

Pese a llegar “a casa” no subió de inmediato. Sabiendo que él estaba en casa no se atrevía a subir, a enfrentarle si le preguntaba por qué su ropa estaba rota y arrugada.

El recepcionista la había visto llegar con ese aspecto y con la cara ensombrecida por el rímel que se había corrido de sus ojos, y se dio cuenta de que no subía. Se había detenido frente a las escaleras de emergencia temblando y abrazándose a sí misma. Sin pensar si era lo que ella quería o no, llamó al apartamento del abogado para informarle.

Lennox bajó a pie los doce pisos hasta la planta baja y la encontró agachada en uno de los escalones, llorando amargamente.

—Hey... —dijo suavemente, acariciando su pelo—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada que no mereciera —su tono de voz sonó ahogado y arisco.

Al apartarle las manos de la cara se dio cuenta de que el borde del labio inferior lo tenía hinchado, y al mirar su ropa, vio que la camisa tenía agujeros en los lugares donde debían estar los botones, así que la llevaba abierta completamente.

No preguntó nada más. Se agachó a su lado, ajustó su camisa para que no se le viera la ropa interior y después de rodearse el cuello con sus brazos

la cogió. Caminó en silencio, con ella abrazada a él, hasta el ascensor y poco después estaban en el apartamento.

Después de lo que había pasado pensó que la compañía de su marido sería una tortura, sin embargo se sentía segura en sus brazos, protegida. Cerró los ojos mientras la llevaba de vuelta a casa.

Brant se detuvo en medio del pasillo dudando si llevarla a su dormitorio o al de ella.

La llevó al de ella.

La estiró sobre la cama y la arropó con una manta fina que siempre tenía doblada a los pies de la cama.

—¿Sabes lo que ha sido para mí haber perdido todo lo que amaba por esa boda? Ojalá lo tuviera tan fácil como tú, Lennox. Ojalá pudiera mirar para otro lado y acostarme con quien yo quisiera sin que luego me torturasen los remordimientos.

Acababa de decirle que había tratado de acostarse con otro pero aun así Lennox se sentía extrañamente feliz por ello. Sabía que no había podido hacerlo, igual que pasaba con él desde aquella noche.

—Supongo que no son solo remordimientos. No parece haber sido ni la mitad de romántico que seguro esperabas —Kate se abrazó a su manta y empezó a llorar—. Madre mía, no te habrá...

—¡No! La culpa es tuya. Si no estuviéramos casados...

Brant la miró con el ceño fruncido, se apartó de ella de un par de pasos y salió del dormitorio con eso último resonando en su cabeza. ¿Si no estuvieran casados? Su vida también se había puesto del revés después de esa boda. Esa no era la vida que él quería, pero se conformaba y más al ver como su propósito estaba dando resultados en la actitud de Liam. Y además estaba esa noche que pasaron juntos. Desde entonces pasaba el día con la cabeza llena de interrogantes, y cuando salía ya no podía siquiera pensar en esas compañías que le acompañaron desde los veinte años. No se llevaban mal, no discutían y cuando hablaban siempre había una sonrisa en uno o en el otro, no podía estar tan mal estar casados.

Daba vueltas por su habitación sin saber qué hacer. Odiaba tener que pensar en que lo que fuera que le había hecho Devon a su mujer era solo por su culpa.

Sabía que había sido él aunque Kate no se lo hubiera dicho, podría decirse que no la conocía, pero sabía que ella no se habría ido con otro que

no fuera su ex. Odiaba pensar que la estaba haciendo infeliz cautiva de un matrimonio en el que ambos se habían embarcado sin desearlo pero en el que poco a poco él se sentía más cómodo. Odiaba escucharla llorar amargamente detrás de la puerta y no poder entrar en su cuarto, abrazarla y calmar su llanto hasta convertirlo en sonrisa.

No podía hacerla feliz porque él no era el desgraciado que había intentado forzarla unas horas atrás pero al mismo al que ella amaba. Actuando como sus instintos le decían, se acercó al vestidor y de un compartimento con puertas, sacó una maleta. La llenó con unos cuantos trajes, con corbatas, ropa interior y los accesorios que usaba habitualmente y sin pensarlo más, se marchó. Si no podía ser feliz con ella, tampoco quería permanecer a su lado.

DIEZ

Tan pronto como Ethan abrió la puerta se encontró con su amigo, acompañado de una maleta. Parecía desaliñado y tenía cara de pocos amigos.

—Sabes que este no es uno de tus hotelitos, ¿no? Podría no estar solo.

—Vamos, cállate. No estoy de humor.

—¿Tu mujercita? ¿Acaso la que nunca se enfada te ha echado de casa?

—Me he ido yo. No soporto escucharla llorar por otro...

Ethan podía ser el tipo más pedante, desagradable y fanfarrón del mundo, pero tenía una intuición que pocas veces era errada. Se había dado cuenta varios viernes atrás, de que la forma en la que evitaba hablar de su mujer tenía una razón de ser, además, estaba el incidente que anduvo en boca de todos durante el resto de la fiesta de los Richmond, cuando él se llevó a su mujer con una mano ensangrentada. Él la quería, y por eso no soportaba que ella llorase por otro. Se apartó con una sonrisa burlona y le dejó entrar en el apartamento, en el que, evidentemente estaba solo.

Después de que su invitado forzoso se hubiera instalado y se hubiera puesto cómodo, le ofreció una cerveza mientras se dejaba caer contra el sofá. Le miró directamente, sabiendo que Brant entendería su gesto y empezaría a hablar. Y así fue. Pese a costarle empezar arrancó, contándole cómo había sido esa noche, lo que había sentido y lo que se había despertado en él. Le contó su incapacidad para pensar siquiera en acostarse con otra y lo que le había pasado a ella al intentar acostarse con su ex.

Pese a lo que Lennox pudo pensar, Ethan no se burló de él. Ni siquiera sonrió una sola vez.

—Es triste que un tío guapo y un buen partido como tú esté sufriendo por una tía que no le quiere. Sobre todo cuando hay cientos que se meterían en tu cama gratis.

—Supongo que hay cosas que no pueden controlarse.

Pasaron los días sin que Kate supiera cómo disculparse con él por lo último que habían hablado. Que le dijera él tenía la culpa de que Devon tratase de forzarla. Había pasado los días con unas terribles ganas de verle, pero al parecer él no estaba en casa. Por más veces que entrase en su cuarto nunca estaba ahí, ni desayunaba con ella, ni se encontraban en el pasillo. Su coche tampoco estaba en el aparcamiento.

Había puesto tan poco de su parte que ni siquiera recordaba el nombre del bufete de su marido, al contrario que él, que se había aprendido hasta el nombre de sus compañeros en la papelería.

Esa mañana fue al trabajo lamentándose por sus ganas de saber de él, pero sintiéndose una idiota por no atreverse a llamarle. ¿Qué le diría? ¿Le pediría que volviera a casa y siguieran desayunando juntos? No, ella no tenía valor para mostrarse interesada en él. Esos días tampoco Samantha había contactado con ella para pedirle que la acompañase o para contarle sus novedades, y en parte eso la hacía sentirse desplazada.

Como si alguien hubiera podido leerle la mente, al llegar del trabajo, Zoe, una de las empleadas del hogar la esperaba.

—Señora Lennox —saludó, amable como siempre—. El señorito Ethan le ha enviado una invitación para cenar.

—Ethan...

—Es un amigo y socio del señor. Se conocen desde el instituto. Probablemente estos días esté quedándose en su casa.

Kate ni lo pensó. Le quitó de las manos la nota en la que había la dirección de ese chico y corrió a su habitación para cambiarse y marcharse. Si Lennox estaba con él tenía que verle, aunque fuera una vez.

Condujo despacio en busca de la dirección que había en la nota. Nunca había conducido de noche por aquella zona y le costaba encontrarla, pero al fin localizó el detalle que Zoe le había marcado en el papel: una calle cuyas farolas tenían las bombillas con un ligero tono rosáceo en lugar de las blancas habituales. Aparcó sintiéndose ridículamente nerviosa y tomó aire con fuerza antes de llamar al timbre.

—Así que tú eres ella —la miró de arriba debajo de una forma que le dio escalofríos, pero no iba a decirle nada al respecto. Si su marido estaba allí soportaría la inquietud.

—Si con ella te refieres a la mujer de Brant Lennox... Sí, soy ella.

Ethan rió con sorna, apartándose de la entrada para que pasase.

—Tu... marido —hizo una pausa de suspense antes de seguir hablando — está en el salón.

Kate intentó disimular su alivio al ver que estaba bien, y trató de ocultar los nervios que le provocaba el volver a tenerle de frente.

Lennox en cambio no la miró. Actuaba como si estuviera realmente molesto con ella, cuando lo que realmente pretendía era no parecer un adolescente.

—Ya estamos todos, así que, ¿por qué no nos sentamos a cenar? Tengo hambre.

Sentados a la mesa Ethan observaba como su amigo no podía dejar de mirar a su mujer. Sabía que no era capaz de hablar con ella de forma normal, así que decidió, por bajo que pudiera resultar, romper un poco el hielo entre ambos.

—Entonces... resulta que no pudiste acostarte con tu ex... —dijo sin intención de ser educado o delicado.

Kate clavó la mirada en su marido completamente ofendida, ¿iba por ahí contando las cosas privadas de los demás a personas desagradables como ese tipo?

—Ethan —interrumpió Lennox, sabiendo lo que iba a decir.

—A él le pasa igual. No puede ni siquiera pensar en tocar a sus amiguitas desde vuestra nochecita de amor...

—Ethan, por favor...

Kate se puso en pie, arrastrando la silla ruidosamente con claras intenciones de marcharse, pero Lennox se puso levantó de prisa y después de sujetarla por un brazo tiró de ella hasta su habitación, cerrando la puerta después de entrar.

—No hagas caso de lo que diga Ethan, es un bocazas, por eso nunca tendrá a nadie a su lado.

—¿Le contaste...? Es que no me lo puedo creer. Brant —y esa era la primera vez que le llamaba por su nombre—. Eso era algo mío. Privado. Personal. No era para que lo fueras aireando por ahí. Ni siquiera tú tenías que saberlo.

—Estábamos hablando sobre... mi incapacidad, y simplemente lo comenté. No fue con maldad, Kate, créeme.

—No. Claro que no fue con maldad. Por supuesto. Por eso lo ha dicho

con ese tonito de burla... ¿Sabes qué?, mejor me voy. Quería verte, pero esto ha sido un terrible error. Yo no he venido para ser objeto de burlas de nadie.

—Kate, por favor. Deja al menos que te lleve.

—No, Lennox. Este es el momento en el que menos me podría apetecer compartir coche contigo. Lo siento, discúlpame con tu amigo, creo que no me apetece volver a verle la cara.

Estaba quedando como un estúpido frente a su amigo y como el malo de la película frente a su mujer por no saber cómo poner en orden sus pensamientos y actuar en consecuencia. Tenía que abrir los ojos y confesarle de una vez que la quería o la perdería, si es que no lo había hecho ya.

Había pasado algo más de una hora y supuso que Kate ya estaría en la cama, como lo estaba él. Miró la pantalla del móvil deseando encontrar una llamada o un mensaje de ella, pero ni rastro, así que, armándose de valor fue él quien llamó.

Después de haberle dejado de esa manera y de haberse marchado sin más, pensó en llamarle, necesitaba saber, al menos, que no se había enfadado con ella, pero después de ver su nombre en el listado de llamadas no se atrevió a llamar. ¿Qué le diría si descolgaba? Sonrió al ver como de repente se encendía la pantalla y empezaba a sonar la melodía que le tenía asignada a él.

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien. No me cuelgues.

—No te cuelgo —sonrió al sentir el cosquilleo en su estómago—. ¿Por qué llamas a esta hora?

—¿Me echas de menos? —preguntó estirándose sobre la cama, deseando que le dijera que sí.

El dormitorio que ocupaba en casa de Ethan tenía una de las camas más cómodas que había probado nunca, y habían sido muchas. Aun así, ninguna se comparaba a la suya. Más que por la comodidad en sí, porque a pocos metros dormía su mujer.

—No, ¿Por qué tendría que echarte de menos? —Katherine negó aun sabiendo que mentía—. La única diferencia es que tu lugar en la mesa está siempre vacío o que la cocinera solo cocina para uno...

—Dime que no piensas en esa noche.

—¿Qué noche? —la muchacha llevó una mano a su pecho y la cerró en un puño.

Claro que se acordaba, ¿cómo no hacerlo? Esa era la primera vez que se acostaba con él, que le tocaba, que la tocaba, que se besaban... Ni siquiera se

habían besado en su boda. Era imposible no pensar en esa noche cuando había descubierto tener sentimientos por ese desconocido con el que estaba casada.

—Esa noche, Kat.

—¿Por qué preguntas ahora por esa noche? Te fuiste, ¿no? Sólo fue una noche, supongo que no tuvo importancia. Además, para ti debió ser una noche más con una de esas mujeres con las que te acuestas. No, Lennox. No pienso en esa noche —mintió, cerrando los ojos con fuerza y apretando el teléfono.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Kate no sabía cómo decirle que le había mentado y él se veía incapaz de decirle que ojalá fuera mentira porque la quería.

—Buenas noches, Kate.

—Lennox, yo... —*te quiero, te quiero, te quiero*. Pensaba, pero no era capaz de pronunciarlo—. Buenas noches.

Ambos miraron sus teléfonos con un nudo en la garganta, pero soltaron los móviles y se abrazaron a la almohada como si así pudieran estar con el otro.

ONCE

Esa noche había dolido más que ninguna otra desde que estaban juntos. Lennox había llamado para confesarse, pero ella ni siquiera le dejó allanar el terreno, no le extrañaba, no pensaba en él, ni en esa noche que le había llenado el pecho de sentimientos desconocidos para él. Cuando amaneció, tenía los ojos ensombrecidos por las ojeras pero las ideas más claras que nunca. Si ella quería al desgraciado de Devon y él quería que fuera feliz, la única solución era el divorcio.

Salió del dormitorio y se marchó con dirección al despacho sin decir una sola palabra a su amigo.

Kate no lo había pasado mucho mejor. Se arrepentía horrores de haberle dicho que no le echaba de menos. No habría ido a casa de ese cretino si no le extrañase, pero ahora tampoco sabía cómo arreglarlo.

—¿Vives en mi casa y ni siquiera te dignas a decir que te vienes antes que yo?

—Lo siento. Tenía algo importante que hacer.

Ethan dio la vuelta a su escritorio y sacó de la impresora los papeles que acababan de salir.

—¿Esto qué significa?

—Significa lo que lees en el título. Eres abogado, deberías saberlo.

—¿Le dijiste que le querías? —Lennox sacudió la cabeza en respuesta —, ¿Y por qué no se lo dices?

—Porque ella me odia. La llamé anoche, le pregunté si me extrañaba y lo único que me respondió fue que solo era un sitio vacío en la mesa a la hora del desayuno.

—¿Y qué vas a hacer? Porque nunca antes te he visto así de afligido.

—Le daré la libertad, la oportunidad de que sea feliz con quien ella

quiere. Después de revisarlos, la llamaré para que venga a firmar los papeles del divorcio. Tengo que mentalizarme porque no creo que pueda hacerlo sin más.

—Eres el tío más idiota de los idiotas que he conocido. Quieres a tu mujer y aun así en lugar de hablar con ella la vas a alejar. Bueno, quien sabe, a lo mejor es ella la que te da una lección y no quiere firmarlos.

—Ojalá.

Ethan dio un sorbo del café que llevaba en las manos pensando que su amigo era más tonto de lo que pudo pensar alguna vez.

La mañana transcurrió despacio sin que encontrase el momento de llamarla. Sabía que los firmaría sin pensar, pero quería alargar un poco la tortura de seguir casado con ella.

Cuando Kate recibió la llamada de la secretaria de su marido, lo primero que pensó fue que él no quería hablar con ella, pero él estaba en el trabajo, tenía sentido que no la llamase desde su número privado. Por suerte era su hora de descanso y pudo ir de inmediato a la dirección que la chica le había dado.

Al llegar se dio cuenta de lo imponente que era ese edificio en el que trabajaba su marido. La fachada era de mármol blanco, pulido y brillante como una perla y los cristales de las ventanas parecían espejos que reflejaban el cielo. No era ningún rascacielos, ni siquiera tenía más de doce pisos, pero era una construcción digna de admirar.

Subió a la última planta y al bajar del ascensor la secretaria, alguien que por la voz parecía muchísimo más joven pero que debía tener la edad de su madre, le señaló la puerta a la que debía ir.

Lennox estaba sentado en una mesa enorme de color negro. Con su elegante traje y esas gafas que le quedaban tan sumamente bien.

—¡Kate! —exclamó sorprendido por verla ahí.

—Tu secretaria me llamó hace casi una hora...

El abogado maldijo a su amigo por actuar sin que él se lo pidiera, como en la cena de horas atrás. Aún no había tomado fuerzas para ofrecerle los papeles, sin embargo le entregó el sobre de papel marrón.

—¿Qué es? —preguntó con una sonrisa.

—Son los papeles del divorcio, Kate. Necesito que los firmes para poder tramitarlo cuanto antes.

—¿Es una broma? ¿Es lo que quieres...?

Se miraron durante dos largos minutos buscando las palabras apropiadas

para decir lo que sentían antes de que fuera tarde, pero el rey de lo inoportuno hizo su aparición por la puerta y Kate no quiso estar allí en presencia de Ethan.

—Ya hablaremos luego. Me los llevo, ¿vale? Quiero leerlo todo detenidamente antes de firmarlo.

Tan pronto como llegó al ascensor se derrumbó y empezó a llorar, agachándose en el suelo con la espalda apoyada en una de las paredes de acero. No podía creer que quisiera divorciarse de ella después de solo un año. En otras circunstancias le habría parecido ideal, lo mejor que podría pasarle después de la pesadilla de un matrimonio forzoso, pero ahora sus sentimientos habían cambiado, ahora le quería y no deseaba pasar por eso, prefería seguir casada con él, aunque él no la quisiera, que estar sola.

Sin verse con valor para atender a los clientes de la tienda, se marchó a casa y se encerró en su habitación.

El sobre marrón que había dejado sobre la mesa parecía llamarla a gritos. Lo miraba desde la cama como si pudiera fundirlo, pensando en qué demonios le pasaba ahora a su marido para que quisiera divorciarse. Tampoco lo estaba haciendo tan mal, era permisiva sin reclamarle nunca nada de lo que hacía. Nunca le puso trabas en nada, salía cuando quería, volvía cuando le daba la gana y ella nunca le reclamó que fuera por ahí con otras mujeres. ¿Acaso era por lo de Devon? Eso era lo que le había llevado a casa de su despreciable amigo. ¿Acaso era por haberle mostrado su disgusto en que le contase sus cosas a Ethan? ¿O acaso realmente deseaba separarse de ella?

Se levantó casi de un salto en un arrebato de ira, y firmó en los huecos donde ponía “esposa” y dejó los papeles sin leer una sola palabra, dentro del sobre, junto a los libros de la estantería.

Ahora más que nunca necesitaba a su cuñada, ella sabría qué decirle, qué palabras usar para calmar su angustia. No la había visto desde hacía casi dos semanas.

Cuando la muchacha llegó al apartamento de su hermano lo último que esperaba era encontrarse a Kate echa un mar de lágrimas. No la había visto llorar ni siquiera cuando se casó, pero le asustó verla así.

—Hey... ¿Qué te pasa? —dijo soltando el bolso en el suelo y corriendo a la cama para abrazarla.

—Hace días que no hablamos...

—¿Por eso lloras? —Rió estrechándola en un abrazo—. Me voy a Roma. De hecho, si hubieras llamado más tarde no podría haber venido. Mi vuelo sale en unas horas.

—¿A Roma? ¿Sola?

—Quise pedirte que vinieras conmigo, pero con tu trabajo y con la relación nueva que tienes con mi hermano...

Kate se contuvo de seguir llorando y de mencionar a Lennox. No volvería a pensar en ese divorcio, al menos mientras Samantha le hiciera compañía.

—Hace dos años que no he cogido vacaciones y aunque sea repentino, no creo que Pierce me ponga objeción. ¿Te importa si voy contigo? Un cambio de aires me vendría realmente bien...

La muchacha no dijo nada, solo sonrió ampliamente. Rodeó el brazo de su cuñada para tirar de ella y sacarla de la cama, y fueron hasta el armario para elegir qué llevar a Italia.

Sólo una llamada hizo falta para tener concedidas esas vacaciones, y otras dos para tener reservada una habitación de hotel y lo principal, el vuelo.

—Me mata de ilusión ir contigo. Pero no has avisado a mi hermano.

—Él entra y sale cuando quiere. No le importará que lo haga también yo.

Había pasado toda la tarde inquieto, preguntándose si su mujer había firmado los papeles o por el contrario no lo había hecho. Después de haber visto su expresión cuando le dijo por lo que estaba en su oficina se sintió terriblemente mal así que al salir del trabajo, en lugar de ir directamente con Ethan, se fue a casa, desesperado por verla y por decirle de una buena vez que la quería, o al menos que tenía sentimientos por ella y que no quería apartarla de su lado de esa manera.

Titubeó al llevar el dedo a la cerradura dactilar, pero justo al acercar la mano, Emma, otra de las empleadas, abrió la puerta.

—¡Señor Lennox! —Exclamó con una sonrisa—. Le echábamos de menos.

—Gracias, Emma. ¿Sabe usted si está Katherine en casa?

—No, señor. Ella se fue esta tarde con una maleta. Iba acompañada de la señorita Samantha y hablaban algo sobre unas vacaciones en Italia.

—Sí. Mi hermana tenía previsto hacer un viaje, pero ¿Kate ha ido con

ella? —la sirvienta asintió—. Gracias. Pase una buena noche —sonrió tan amable como siempre mientras se adentraba en el apartamento.

Se había ido. Se había ido sin decirle nada y con la conversación del divorcio pendiente.

Entró en su habitación temiendo encontrarlo vacío, pero suspiró al ver que lo único que faltaba era la maleta y algo de ropa. Justo antes de salir vio, por el rabillo del ojo, el sobre marrón de su bufete. Supuso que ni siquiera los habría mirado, pero aun así los cogió. Al abrir el sobre e ir directamente al lugar de las firmas resopló cabizbajo. Kate había firmado la petición de divorcio sin discutirlo siquiera. Llevaban casados un año y dos semanas y ese era su fin, una firma en un papel, exactamente igual que había empezado.

—Supongo que así debía ser. Lo que mal empieza mal acaba.

Tragó el nudo de su garganta al sonar su teléfono pensando que pudiera ser ella, pero sólo eran sus padres.

DOCE

Esa era la primera vez que pisaban Italia y todo era exactamente igual que habían leído en sus libros. Las calles estaban repletas de gente, turistas, quizás, muchos de ellos fotografiando detalles que podrían parecer absurdos pero que formaban parte de sus vacaciones. Al llegar al hotel, Samantha subió directa a su suite, sin interesarse ni un poco en cómo era la habitación simple que ocupaba su cuñada. Estaba agotada del viaje y lo último que quería era alargar su momento de ir a descansar.

Kate, por el contrario sólo subió a dejar su maleta. Eran pocos los días que iban a estar en Roma y no quería perderse nada. Se cambió de ropa y salió de la habitación.

—¿No se suponía que ibas a dormir? —preguntó sorprendida al ver a su cuñada frente a su puerta.

—Hay una cosa que me intriga. Cuando me llamaste... —La expresión de Kate cambió de inmediato y Samantha se dio cuenta—. ¿Ha pasado algo con mi hermano? ¿Por eso no le avisaste de que te venías conmigo?

—Es largo de contar. Ve a descansar. Mañana te cuento lo que pasa.

—O sea, entonces pasa algo. Deja que me cambie. ¡Estamos en Roma!
—sonrió abrazándola.

Caminaban en silencio por una calle estrecha que daba a una gran avenida. Sabía que tenía que contarle lo que había pasado, pero buscaba la forma de hacerlo parecer más sencillo.

A pesar del cansancio que pudieran tener, tanto una como la otra sacaron las cámaras de fotos y empezaron a disparar a diestro y siniestro. Una a una fuente, la otra a una farola, una a una estatua, la otra a una bicicleta. Resultaba curioso ver como en su país no les llamaban la atención las mismas cosas que en Italia. Las aceras, las ventanas, los colores de las fachadas, los semáforos...

Entraron en una cafetería para relajar los pies. Se aproximaba la hora de la cena pero aun así pidieron cafés en vaso grande y unos bollos.

—Ahora escupe. ¿Qué ha pasado con mi hermano?

—Me ha pedido el divorcio —soltó de pronto.

—¿Cómo? ¿Kate, estás de broma?

—Sí. Eso mismo le pregunté yo. Hace poco más de una semana Devon vino a buscarme y me pidió que cenase con él. Estando en su casa quiso acostarse conmigo pero por más que me negaba él se ponía más ansioso... estaba siendo inusualmente agresivo. Le rechacé, y al llegar a casa tu hermano bajó a por mí. Le dije algo que no debía, que era por su culpa por estar casados. Esa noche se fue con su amigo y ayer me dio el sobre con los papeles.

—Tengo que disculparme por algo, Kate... —empezó a decir—. La mañana que fuimos a comprar los tres, estaba tan feliz por saber que estabais juntos o que por lo menos habíais pasado la noche juntos, que cuando me encontré con tu ex se lo conté, le dije que habíais tenido una noche de amor...

—¿Lo dices en serio? Sam eso era algo privado mío. Mío y de tu hermano —regañó—. No tenías derecho a contarle nada.

—No te enfades...

—¿Te das cuenta de que la pesadilla de los últimos días ha sido gracias a ti y a Devon? Claro que me enfado. ¡Estoy a punto de divorciarme!

Sin añadir nada más se puso en pie, tomó el vaso de café y el bollo y salió a la calle en busca de aire.

No podía creer como los dos hermanos aireaban sus aventuras sexuales como si se tratase de lo que había vestido el día anterior. Era su vida privada y no concernía a nadie más que a los dos implicados.

Había empezado a caminar, alejándose de la cafetería, sumida en sus pensamientos, cuando se dio cuenta de que estaba perdida. No tenía ni idea de dónde estaba, ni cómo de lejos había llegado. Ya había caído la noche y estaba completamente agotada, aun así no se asustó. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero al salir de una calle estrecha y oscura se encontró de frente con la fuente más bonita del mundo: la Fontana di Trevi. Si alguna vez había querido ir a Italia era solo por ver con sus propios ojos ese monumento, que en fotos siempre le pareció espectacular pero que en directo era inmensamente más bonito. Pese a haber oscurecido estaba completamente lleno de gente, pero no le importó. Se sentó frente a ella, en

un hueco que acababa de liberarse en las escaleras y la contempló con la sonrisa dibujada en su cara.

Cuando Samantha llegó de vuelta al hotel corrió a la habitación de su cuñada. Sabía que se había enfadado por lo que le había dicho sobre lo que le contó a Devon y cuando salió de la cafetería no quiso agobiarla. Pero no había regresado y eso la asustó.

Al subir a su habitación llamó a la puerta de forma insistente hasta que, alarmados, los huéspedes de los lados llamaron a recepción.

—Señorita Lennox, no puede usted llamar de esa manera en la puerta de otra persona. Si quiere ver a la señorita de la trescientos quince, debería llamarla a través de recepción.

—Creo que le ha pasado algo. O no está en su habitación o le ha pasado algo.

—Acompáñenos a recepción. Llamaremos a su habitación para no importunar a los otros huéspedes y si no está usaremos el número telefónico que nos dio para contactar con ella.

Temblaba víctima de los nervios. ¿Y si había hecho una locura? ¿Y si había tenido un accidente y estaba en un hospital? Quería llamar a su hermano, o a Liam, a alguien, para decirle que había desaparecido, pero el recepcionista, un hombre joven pero con aspecto arrogante le hizo un gesto con la mano. Su teléfono daba señal, ahora sólo quedaba que respondiera alguien.

Samantha llegó a la Fontana di Trevi escoltada por una patrulla. No quedaba lejos del hotel, aun así, Kate no había sabido ubicarse y Sam probablemente tampoco podría hacerlo, y menos, cuando sólo llevaban en Roma unas horas.

Kate seguía sentada en las escaleras frente a la escultura cuando su cuñada se puso frente a ella con las manos en la cintura.

—Señorita Lennox, nos llamó el hotel para informar sobre su pérdida. ¿Se encuentra bien? —preguntaron los uniformados que la acompañaban.

—Si. Al salir de la cafetería me puse a caminar y cuando he querido darme cuenta no sabía dónde estaba, así que me he quedado aquí.

—Y no tienes mi teléfono para decírmelo, ¿no? ¿Y se supone que tú eres la adulta? —Si antes era Kate la que estaba enfadada, ahora era Samantha—. Estoy agotada del viaje. No dormí nada en toda la noche por el tipo que tenía sentado a un lado y ahora me haces buscarte como si fueras una niña

pequeña. Kate tienes veinticinco años.

Los policías se reían al verla regañar a la que pensaron que era su hermana.

—Podemos llevarlas de vuelta al hotel, si quieren. —Sam asintió y dio la espalda a su cuñada para acompañar a los uniformados.

Durante todo el trayecto no habló ninguna de las dos, pero al llegar al hotel Kate detuvo a su cuñada sujetándola de un brazo.

—Lo siento, ¿vale? Estaba enfadada por la conversación de esta tarde.

—Yo no quería ser parte del motivo por el que estás así. Siento mucho haberle dicho a tu ex... bueno, ya sabes. Te juro que no volverá a pasar. — Sam acortó la distancia y abrazó a su cuñada, sonriendo al darse cuenta de algo que nunca había analizado antes—. Eres más bajita que yo...

—Hoy no llevo tacones...

Con el ambiente más tranquilo subieron a sus respectivas habitaciones para descansar del largo y pesado día que habían tenido.

Aún les quedaban unos días en Italia y se propusieron que nada iba a amargarles la fiesta.

Llevaban algo más de una semana y aún quedaban tres días para volver.

Habían visitado todo lo que había por visitar en Roma: el coliseo, el foro, la capilla Sixtina, habían estado en mil y un sitios y habían hecho un millar de fotos.

A medida que pasaban los días estaban más cansadas de ir corriendo de un sitio al otro, de comer poco y mal y de dormir menos aun.

Compraron un centenar de cosas: ropa, perfumes, recuerdos para sus familias... Kate compró un modelo de gafas similar al que usaba Brant, así, cuando fuera a su despacho y se las pusiera, se acordaría de ella.

Esa mañana decidieron tomarse el resto del día con un poco más de calma, Samantha había roto dos pares de zapatos y los que llevaba puestos le destrozaban los pies, así que decidieron relajarse en un restaurante con buenas vistas en la ciudad romana.

—¿Qué te pasa? —preguntó Samantha al verla mirar por el reflejo de la ventana a una pareja que discutía en una de las mesas detrás de ellas.

—Tu hermano y yo no hemos discutido ni una sola vez.

—Pero eso es bueno, ¿no?

—Si lo hubiéramos hecho a lo mejor las cosas serían diferentes ahora.

—¿Te refieres al divorcio? Tú quieres a mi hermano, ¿no? —Kate no respondió, desvió nuevamente la mirada a la pareja del reflejo, que ahora se besaban apasionadamente—. Si le quieres aunque sea un poco volvamos ya. Volvamos para que se lo puedas decir y podáis romper juntos esos papeles.

—No sé, Sam.

—Vamos, ¿No sabes si le quieres? ¡Si hasta os habéis acostado!

—Tú también te acostaste con mi hermano, ¿le quieres?

—¡Oh, por supuesto! Con lo raro, lo estrafalario y lo... —su cara tenía una mueca extraña y de repente las dos empezaron a reír.

Liam había cambiado mucho desde que Kate se vio obligada a casarse a cambio de su salvación. Poco a poco había cambiado de actitud, desechando esas amistades tóxicas que solo le perjudicaban. Además, también había cambiado su forma de vestir y había encontrado un trabajo decente. Ahora era alguien más o menos normal, aunque en cierto modo eso era lo que le hacía parecer extraño.

Katherine se puso en pie arrastrando la silla con las piernas y mirándola con un brillo que Samantha solo le había visto una vez desde que le conocía. La imitó con una sonrisa y descolgó su bolso del reposabrazos de la silla.

—¿Eso quiere decir que volvemos a casa porque no puedes vivir sin él?

—No seas exagerada. Volvemos a casa porque... porque yo soy la mayor y yo mando —rieron.

TRECE

El avión acababa de aterrizar y Kate no veía el momento de llegar a casa. Por primera vez desde que le conocía estaba realmente ansiosa por verle, impaciente y con unas horribles ganas de decirle lo que sentía.

Desde el último y nefasto encuentro con Devon, ni siquiera había vuelto a pensar en él con ese cariño o ese amor que una vez sintió por él. Ahora más bien era con temor y con rabia por las últimas palabras que le dijo, pero sobre todo por las consecuencias que podía tener para ella: su divorcio.

Cuando Samantha detuvo el coche en la puerta del apartamento de su hermano agarró con fuerza las manos de su cuñada.

—Quiero estar al tanto de todo. Quiero que me digas de qué habéis hablado pero sobre todo, y esto es muy importante para mí, si habéis arreglado el tema del divorcio. Kate te quiero más que a mi propia hermana. Ya sabes lo rara que es Carla y lo poco que le importamos Brant y yo. Tú en cambio eres... No quiero que os divorciéis, y si lo hacéis... no comeré nada en un mes —sonrió ante la protesta prematura.

—No te preocupes. Se arreglará. En cuanto llegue a casa le diré todo tal como lo siento y si aun así quiere el divorcio le gritaré como una loca hasta que desista.

—¡Sí! ¡Esa es mi cuñadita!

Kate sacó la enorme y pesada bolsa del asiento trasero y Sam la ayudó con la maleta hasta el ascensor.

Ya frente a la puerta titubeó. Estaba tan nerviosa por volver a tenerle de frente que le temblaban los dedos y no atinaba con la cerradura dactilar. ¿Cómo demonios podía ponerse así por alguien a quien al principio detestaba?

Entró en el apartamento, sabía que él no estaría, aún no era la hora a la que salía de su despacho y dio por hecho que no le vería hasta que no

llegase a casa, así que, después de saludar a las empleadas del hogar que tan amablemente fueron a recibirla, se metió en su cuarto. Sonrió al pasar por delante del cuarto de Lennox, pensando cómo sería entrar ahí en lugar de en esa habitación que llevaba ocupando todo un año, cómo sería que él llegase a casa y se encontrasen en el vestidor o en el baño, mientras ella se desmaquillaba y él entraba en la ducha. Aún era pronto, ni siquiera sabía cómo se sentía él, pero le emocionaba pensar en ellos como un matrimonio enamorado.

Soltó las maletas en medio del dormitorio y lo primero que buscó fue el sobre del bufete. Había firmado los papeles en un momento de rabia interna y no los quería ahí. Los rompería, los quemaría, y cuando llegase su marido le diría que ella no quería ese divorcio. Pero el sobre no estaba.

Corrió a buscar a Emma, que era la que siempre se encargaba de los dormitorios, pero por más detalles que le diera sobre los documentos, ella parecía no haberlos visto. Corrió al despacho de Lennox, al fondo del pasillo, una habitación donde jamás había estado. Rebuscó en los cajones sin encontrar el maldito sobre y de vuelta a su cuarto no le quedó más remedio que llamar a su marido para preguntarle si lo había visto él.

El corazón le dio un vuelco tan pronto como vio el número de Kate en la pantalla del móvil. Vaciló a la hora de descolgar, pero tomó aire con fuerza y se llevó el auricular a la oreja.

—¿Habéis vuelto de Italia? —preguntó tratando de sonar amigable.

—Sí. Hace una hora que estoy... que he llegado. Dime, Lennox, ¿has visto el sobre que me diste? —Preguntó impaciente por saber—. Lo dejé encima de los libros pero no lo encuentro por ninguna parte.

Brant cerró los ojos con fuerza, y apretó el teléfono en su mano.

—Los vi... —murmuró—. Kate, los papeles se tramitaron estando tú en Roma. Siendo dueño del bufete mis documentos tienen preferencia en el juzgado. Hace tres días que estamos oficialmente divorciados. Eres libre — su voz sonó apagada, sin fuerza, como si lo estuviera diciendo forzosamente.

«Oficialmente divorciados».

Su voz resonó en su cabeza durante un largo minuto mientras se dejaba caer de rodillas contra el suelo.

«Eres libre».

Lennox no cortaba la llamada y ella no era capaz de articular palabra. Aquello le había caído como un jarro de agua fría.

Había vuelto de Italia armada de valor para decirle cuanto quería, que todo había cambiado para ella aquella noche que compartieron, que no había podido hacer nada con Devon porque no podía dejar de pensar en él, que le gustaba, que le quería, pero sobre todo, que no quería divorciarse de él. Pero sus palabras la dejaron desconcertada, acababa de romperle el corazón y no encontraba qué más añadir a su conversación. Estaban divorciados.

Cortó la llamada con los ojos llenos de lágrimas y sin saber qué hacer.

Si estaban divorciados esa ya no era su casa, por ende ella ya no hacía nada allí. Dejó en el vestidor la ropa que se había llevado, al fin y al cabo la había comprado él. Metió en la maleta las pocas cosas que había llevado ella a esa casa y después de dejar en el cuarto de su ahora exmarido las gafas y las otras cosas que había comprado para él, se marchó.

Como si hubiera podido leer a través de su silencio, Lennox se puso en pie tan pronto como cortaron la llamada y, avisando a su secretaria de que no volvería hasta el día siguiente corrió a su apartamento. La última vez que había pisado allí fue cuando vio que los papeles estaban debidamente firmados, pero ahora no iba a por nada de eso, sino a verla.

Condujo temerariamente hasta llegar, y sin reparar en cómo dejaba el coche, subió por la escalera, sorteando los escalones de dos en dos hasta llegar. Abrió la puerta y sin detenerse a hablar con las empleadas, irrumpió en el cuarto de Kate.

—Ella se fue hace una hora, señor Lennox. Llevaba una maleta y una bolsa que había traído de su viaje. La pobre a duras penas contenía las lágrimas.

—¿Ha dicho dónde iba?

—No. Nos dio regalos y entró en su habitación. Después solo se marchó.

Cuando entró en su cuarto encontró unas bolsas sobre la cama, acompañadas por una nota. Le tembló el pulso antes de tomarla entre sus manos.

“Querido Brant,

Compré estas cosas pensando en ti.

Donde quiera que vayas siempre vas muy elegante, así que ahora podrás decir que tu perfume es italiano, que tus gafas (que por cierto, están sin graduar) son italianas y que la rebeca es de un diseñador romano.

Espero de corazón que lo disfrutes, y que no te deshagas de ello después de comprobar que me he marchado.

Espero que tengas la vida que deseas y, que sea del modo que sea, seas muy feliz.

Kate.

P.D.: Cuidado con la bolsa azul. Dentro están el anillo que me pusiste en la fiesta de compromiso y el de matrimonio.”

Cerró su mano derecha arrugando la nota en ella. No la entendía. No entendía a Kate. ¿Había firmado los papeles antes de marcharse y al volver, llega repleta de regalos para todos? Especialmente ese modelo de gafas, tan caro... Y luego estaba lo de los anillos, ¿ni siquiera había merecido la pena como para conservarlos?

Detestaba verse en esa situación, sin saber qué hacer, sin saber cómo volver a hablar con ella. Lo peor es que sabía que iba a terminar haciendo lo que hacía siempre: dejar las cosas que no funcionan a un lado y seguir con su vida como si nada, en lugar de pelear por arreglar cosas que no dependen de él.

Cuando Kate entró en su casa, tanto su madre como su padre se extrañaron al verla con las maletas. La última vez que la vieron estaba bien, pero ahora, además, parecía deprimida.

Se acercaron para alentarla por lo que fuera que estaba pasando, pero no tardó en decirles que acababa de divorciarse de su marido.

—¿No era eso lo que querías? Ahora podrás volver con tu amado Devon—dijo Emerald.

—No, mamá. No quiero volver con Devon. Le quiero, y siempre le querré de una forma especial, pero...

—¿Es tu marido? —Preguntó el padre—. ¿Al final te has enamorado de él?

—No quiero hablar de Lennox ahora, papá. Yo... No quiero volver a hablar de él. Ahora ya no somos nada.

Sin decir nada más se marchó a su habitación, arrastrando los bultos tras ella.

—Extrañamente no te he echado de menos —murmuró mirando la cama y cerrando la puerta tras ella. Sabía que a partir de ese día sería como si no le hubiera conocido, como si nunca hubiera estado casada con él.

Seguiría su vida, ignorando los sentimientos de su corazón. Y trataría de ser feliz en la forma que fuese.

CATORCE

Hacía ya tres meses que no se veían, tres meses que habían vuelto a sus vidas antes de esa boda.

Todo había vuelto a su punto de origen:

Devon, lamentándose por lo que le había dicho a Kate y después de saber que ella realmente amaba a Lennox, pidió nuevamente el traslado a la sede de Londres.

Samantha estaba haciendo un curso de pintura y al parecer tonteaba con su profesor, un guapo artista callejero al que había contratado a espaldas de sus padres. Pese al divorcio de su hermano con Kate, seguía en contacto con ella. No importaba si ya no estaban juntos, para ella siempre sería como una hermana mayor.

Kate no había cambiado la monotonía de su vida de antes de su boda. Seguía yendo a trabajar en autobús, y cenando con sus compañeros los últimos viernes del mes en la pizzería de la esquina. Seguía yendo temprano a casa y leyendo como siempre, antes de ir a dormir.

El único que parecía haber cambiado de verdad había sido Lennox. Desde su divorcio parecía más centrado. En la oficina se comportaba como lo que era, un respetable abogado, dueño del bufete más importante del país y, heredero de uno de los socios de Royal Group, una petrolera de las más importantes del mundo que nunca le interesó en lo más mínimo. Además, había dejado sus salidas nocturnas por su incapacidad de volver a acostarse con una prostituta después de aquella noche con su ex.

Había llegado el vigésimo primer cumpleaños de Liam, y como todos los cumpleaños desde que nació, lo celebrarían en la heladería de la familia Norris, quienes habían tenido el mismo establecimiento desde los años cuarenta. Se sentarían en la misma mesa de siempre y comerían tarta helada

de chocolate y vainilla. Ésta vez, sus padres estaban de vacaciones, así que Kate no dudó en llamar a Samantha para que lo celebrase con ellos.

Cuando Sam hizo su aparición lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja, acompañada de su hermano, quien no tenía ni idea de dónde iban.

Al entrar, cruzaron miradas Kate se sintió mareada de repente. No podía creer estar viéndolo de nuevo después de tres meses. Estaba tan guapo que le hacía ruborizar con solo mirarle, así que fijó la vista en su hermano y trató de evitarle.

—Muchas felicidades —dijo la muchacha, abrazándole y ofreciéndole una pequeña bolsita de papel.

—Veintiún años... Felicidades, chaval —saludó él. Sin embargo sonó extraño. Aunque quisiera a Kate no había olvidado lo que había pasado entre él y su hermana, ni la horrible decisión de quitarle al embrión para poder salvarle la vida a ella. Quizás, viendo como había cambiado, podría ignorar el pasado, pero no lo olvidaría jamás.

—Oye Liam, tengo curiosidad por una cosa. ¿Me acompañas fuera? —preguntó la muchacha, a sabiendas de que se notaba en exceso para qué lo hacía.

El cumpleaños se levantó de la silla y tras dar un beso en la mejilla a su hermana acompañó a Sam a la calle, dejándolos solos como debían estar.

Kate maldijo internamente que su hermano siguiera a Samantha y que le dejasen sola con él. Esa era la primera vez que se veían desde que le dio los papeles del divorcio y no tenía ni idea de cómo actuar con él. Lo miraba disimuladamente tratando de no ponerse a temblar y se sorprendió al verle las gafas que le había comprado.

—¿Esas son...? —preguntó, señalándose la sien mientras sonreía.

—No querías que me deshiciera de las cosas que compraste en Roma... —Sin querer que se hiciera el silencio entre ellos le preguntó algo que llevaba meses rondándole la cabeza—. ¿Tienes tu vida de ensueño con tu amado Devon? —en su cara se dibujó una sonrisa amable.

—No. Devon pidió el traslado a Londres. Después de lo nuestro... Hemos quedado como buenos amigos. ¿Qué tal Ethan y tus amiguitas?

—No eran mis amigas. Sólo compañeras de alcoba. Además, desde cierta noche he sido incapaz de tocar a nadie más —sonaba sincero y ella no pudo evitar sentir como cierta felicidad la invadía desde lo más hondo de su ser—. Ethan... bueno, él sigue igual. Nunca cambiará. —Sonrió, haciendo que Kate sintiera un cosquilleo en el estómago—. ¿Cómo sigue todo en la

papelería?

—Igual. Cada vez están más locos —sonrió—. Lucy dio un cambio radical a su aspecto y se cortó el pelo hasta los hombros. Ahora parece haberse vuelto más loca aun.

Eran realmente pocas las veces que la había visto sonreír de esa forma. El tiempo que estuvieron casados rara vez estuvo ahí para contarle algo gracioso o simplemente para observarla. Hablando así con ella se arrepentía de no haber aprovechado el tiempo que compartieron.

Las palabras “me gustas” o “creo que te quiero” quemaban por salir cada vez que sus ojos se cruzaban. Esos tres meses, lo único que había hecho era afianzar más sus sentimientos. Y si entonces estaba seguro, después de verla lo estaba más.

—Leí algunas de las novelas que dejaste en tu habitación —confesó. Ella lo miró con los ojos casi desorbitados, no podía creer que fuera cierto—. ¿Recuerdas el libro que leías la noche que rompí tu marcapáginas de cerámica?

—¿Cirque?

—Cirque. Lo he leído dos veces. Entiendo cómo se sentían los personajes. Como se sentía ella cuando vio a la trapecista con su prometido o como se sintió él cuando vio a su prometida con el ex...

Había comprendido el amor con aquellas lecturas, pero sobre todo había entendido que nada de lo que había sentido hasta el momento podía compararse al sentimiento que la mujer frente a sus ojos le producía.

—Siempre pensé que te reirías de las novelas cursis.

—No. Aunque lo ocultemos, también los hombres podemos ser sentimentales.

Pasaron más de una hora hablando, y eso era, con diferencia, mucho más tiempo del que habían hablado estando en ese matrimonio, pero se había hecho tarde, y quisieran o no, debían volver a casa. Ambos trabajaban al día siguiente.

Liam y Sam no habían vuelto a aparecer, así que decidieron marcharse sin esperarles. Se pusieron en pie y salieron a la calle sin saber qué decir para despedirse.

—Supongo que esto es un adiós... —dijo él, rompiendo el silencio incómodo en el que estaban.

—Sí, supongo —Kate no era capaz de levantar la mirada para verle. Estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer.

—Cuídate mucho, ¿vale? Y si volvemos a encontrarnos en otra ocasión, quiero verte plena de felicidad —pellizcó su mejilla—. Hasta luego.

—Hasta... Hasta luego.

Ambos se dieron la espalda y empezaron a caminar en dirección contraria.

El corazón de Kate galopaba en su pecho, amenazando con detenerse si no corría tras él y le confesaba lo que sentía, pero su mente le repetía que él también se había ido y no le había dicho nada.

Lennox no avanzó mucho. De pronto sintió que tenía que hacer algo y se dio la vuelta para correr tras ella. Kate caminaba despacio y no le costó alcanzarla. Sin decir una palabra la frenó por los hombros y la rodeó con fuerza, apoyando el mentón en el hueco entre su cuello y su hombro derecho.

—No puedes imaginar lo mucho que pienso en ti —susurró, acariciando su brazo hasta llegar a su mano, entrelazando los dedos con los de ella.

—Yo también pienso en ti, Lennox. Cada minuto de cada hora de cada día —murmuró—. He deseado mil veces que sonase el teléfono y que fueras tú sólo para escuchar tu voz.

Él sonrió. Nunca antes había experimentado el amor, pero pudo reconocer de inmediato el sentimiento que sus palabras le produjeron.

—Supongo que dirás que no pero... ¿Quieres venir a casa? Podemos tomar algo, decirle a Zoe que nos prepare algo de cenar, y si quieres, luego puedo llevarte a tu casa. —Kate asintió.

Por primera vez no se sentía un estorbo al sentarse en el asiento de copiloto. Por primera vez se sentía cómoda, aunque nerviosa cada vez que él la miraba.

Al llegar al apartamento subieron más nerviosos que nunca pero, al cerrar la puerta, todos los nervios desaparecieron. Brant giró, poniéndose frente a ella y se agachó para besarla mientras tomaba su cara entre las manos.

Kate tampoco pudo resistirse a estar allí con él, en el mismo apartamento en el que se había enamorado de él.

—Vuelve conmigo. Esto no es igual sin ti —pidió, apartándose ligeramente para mirarla a los ojos.

—Nunca debí firmar esos papeles.

—Yo no debí rellenarlos.

Se agachó a su lado para levantarla en brazos y llevarla a su habitación,

la misma en la que se acostaron por primera vez y en la que se aseguraría de hacerle el amor el resto de sus vidas.

De su mesita de noche tomó el anillo que le puso en la fiesta de compromiso y se agachó frente a ella.

—Katherine Mason, ¿Me harías el honor de ser mi esposa, otra vez?

—Sólo con una condición. —Sonrió con los ojos llenos de lágrimas—. Que para ti solo exista yo. Que nunca más vuelvas a buscar compañía en otras mujeres y que peleemos siempre. No quiero volver a perder esto por no discutir las cosas.

—Entonces está hecho. Ya sabes que desde esa noche sólo has existido tú.

Llevó el anillo a ese dedo del que no debió salir y la estiró sobre la cama para acariciarla, besarla y hacerle el amor tan lenta y dulcemente, que ya nunca quisiera apartarse de él.

EPÍLOGO

Aquella era la segunda vez que estaba en esa habitación, vestida de novia y con unos nervios que le hacían querer correr.

Esta vez era una boda íntima, sólo las personas más allegadas a ellos: padres, hermanos y algún que otro amigo, aun así no había forma de tranquilizarse.

La primera boda había sido por “negocios”, a cambio de salvar a su hermano de la cárcel, pero ahora era por amor, por un amor que nunca había experimentado, ni siquiera con Devon, a quien creía haber amado con todo su corazón.

Miraba el reflejo del espejo mientras acariciaba su vientre plano sobre el corsé del vestido. Quizás en no mucho tiempo Brant desearía ser padre y sonrió al imaginarlo con un bebé entre sus brazos, un hijo de ellos dos.

Dos golpecitos secos la trajeron de vuelta a la realidad.

—Kate, es la hora —informó su padre.

—Ya voy, papá.

—Me alegro de que al final tuvieras razón con respecto de Lennox. Pero más me alegro de que sea en esta segunda boda en la que realmente haya amor entre vosotros, y no venganza. Ahora sí tengo la seguridad de que serás feliz.

—Extrañamente, esto se remonta a lo que hizo Liam. Si no hubiera sido por aquello...

—Vamos ve. Tu futuro ex-exmarido te espera.

Caminó a paso lento hasta las puertas blancas del salón de la boda del brazo de su padre.

Esta vez, la pasarela tenía una alfombra de un color azul bastante inusual y sonrió al leer el mensaje entre líneas.

El azul simboliza lealtad, fidelidad y Brant sonrió al ver que se había

dado cuenta del mensaje que trataba de transmitirle al haber elegido ese color para la sala.

Tan pronto como la novia llegó al altar se agarraron las manos con fuerza y el juez empezó con los discursos y las preguntas.

—¿Sabes una cosa, señora Lennox? —Susurró Brant con su cara entre las manos y a unos milímetros de su boca— Te quiero.

—¿Sabes una cosa, señor Lennox? —él no dejó que dijera nada. Lo sabía. Sabía que le quería y sabía desde cuándo. Acortó la distancia entre sus labios y la besó pausadamente mientras el juez los declaraba oficialmente marido y mujer.

Pronto, muy pronto, cumplirían con la promesa de una vida llena de amor y felicidad. No dejarían que nada les separase de nuevo, no perderían el tiempo con nimiedades cuando pudieran estar juntos y quizás, como Sam les había pedido en su primera boda, les darían un sobrinito con el que completar toda la dicha del mundo.